

# **TEXTOS Y CONTEXTOS DE UNA POLÉMICA: PETRARCA Y LA ESCOLÁSTICA (O LOS MODERNOS)**

XAVIER TUBAU MOREU

## **PRÓLOGO**

El presente trabajo trata del rechazo de Francesco Petrarca a la escolástica de su época. El tema es de capital importancia para comprender no sólo la singular figura del escritor italiano, sino también la génesis del humanismo. No se trata de una mera polémica de carácter literario, sino de un serio enfrentamiento, con las armas clásicas del *genus demonstrativum* o epidíctico, a la enseñanza medieval, a la escolástica caduca del siglo XIV, cuyos máximos representantes fueron los dialécticos de inspiración occamista.

Los estudiosos del humanismo y los especialistas en Petrarca han abordado el tema desde dispares perspectivas. Algunos (P.O. Kristeller entre ellos) consideran que la serie de textos donde Petrarca arremete contra la escolástica no debe tomarse sino como testimonio de meras disputas entre departamentos del saber. En tal caso, Petrarca sólo habría pretendido atacar las disciplinas no humanísticas, sin una perspectiva madura y global del problema. Para otros estudiosos (E. Garin, sobre todo), la polémica sí refleja una voluntad de transformar la enseñanza de la época, precisamente porque Petrarca no ataca las disciplinas por sí mismas sino los métodos con los cuales eran impartidas en escuelas y universidades. Se trataría, entonces, de un proyecto que aspiraría a la reforma, tanto en métodos como en contenidos, de todas las disciplinas.

En este trabajo he procurado recoger y comentar los textos más representativos de Petrarca y demostrar que la polémica se adecua a la segunda de las tesis citadas. No se trata, por tanto, de una monografía, sino de un ensayo de interpretación de toda una serie de referencias y documentos que hasta el momento (en lo que alcanzo) no se habían analizado globalmente. Faltaba recorrer toda la obra del Petrarca polemista

(*Invective contra medicum I-IV, De ignorantia, Invectiva contra eum qui maledixit Italiae*) para comprobar si la tesis fundada en tres o cuatro familiares y un par de pasajes del *Secretum* encontraba una exacta correspondencia en los demás textos.

Así, el objetivo prioritario de este modesto trabajo es iluminar la coherencia última de Petrarca en sus diversas aproximaciones críticas a la enseñanza de la época, contextualizando las aparentes contradicciones y resolviendo algún que otro falso tópico.

Pienso que no llegaremos a comprender las verdaderas relaciones entre la escolástica y el incipiente humanismo hasta que no se analicen detenidamente todos los textos y documentos de la época. Este trabajo no aspira sino a esbozar las líneas generales de un tema sobre el que todavía quedan muchos interrogantes por responder.

#### EDICIONES SEGUIDAS PARA CADA OBRA

*Rime, Trionfi e poesie latine*, a cura di F. Neri, G. Martellotti, E. Bianchi, N. Sapegno, Milán-Nápoles, 1951 (La letteratura italiana, Storia e testi, VI): *Bucolicum carmen, Metrice*.

*Prose*, a cura di G. Martellotti, P. G. Ricci, E. Carrara, E. Bianchi, Milán-Nápoles, 1955, (La letteratura italiana. Storia e testi, VII): *Posteritati, Secretum, De vita solitaria, Invective contra medicum III, Senilium rerum libri* (selección).

*Opere latine*, a cura di Antonietta Buffano, Editrice Torinese, Turín, 1975, vol. II; *De otio religioso*, vol. IV; *Invective contra medicum*, I, II y IV, *De sui ipsius et multorum ignorantia, Invectiva contra eum qui maledixit Italiae*.

*Opere*, I, Sansoni, Florencia, 1975: *Familiarum rerum libri* (edición que sigue el texto fijado por V. Rossi y U. Bosco en *Le Familiari*, edición crítica, Florencia, Sansoni).

Para las *Seniles*, de las que no existe edición completa, me he servido de los textos citados por M. Martelli en su artículo «Petrarca epistografo: le Senili» (en *Il Petrarca latino e le origini dell'umanesimo. Quaderni petrarcheschi*, IX-X (1992-1993), pp. 641-667), que sigue el texto de las *Opera* editadas en Basilea (1554), y de las incluidas en el volumen *Prose*. Sigo otra edición para la tercera *Invectiva contra medicum*, por haber un salto de veinte páginas justo a la mitad de la citada invectiva en la edición de las *Opere latine* que manejo. De ahí que cuando se cite, recuerde que sigo la edición de *Prose*. El par de veces que cito el *De remediis utriusque fortune*, sigo el texto latino de una edición ale-

mana bilingüe (una selección de fragmentos de Rudolf Schottlaender) en la editorial Wilhelm Fink, München, 1975. Para la interpretación de ciertas *Familiares* he consultado las notas de Ugo Dotti a su edición de las cartas: *Le Familiari*, Libri I-III, Archivio Guido Izzi, Roma, 1991. También he seguido de cerca las introducciones a la selección de textos traducidos al castellano en *Obras, I: Prosa*, ed. al cuidado de Francisco Rico, Alfaguara, Madrid, 1978.

## ABREVIATURAS BIBLIOGRÁFICAS

AHDLMA	Archives d'Histoire Doctrinale et Littéraire du Moyen Age
BHR	Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance
GSLI	Giornale storico della letteratura italiana
IMU	Italia Medioevale e Umanistica
LI	Lettere italiane
QP	Quaderni petrarcheschi
RPH	Romance Philology
RLI	Rassegna della letteratura italiana
SP	Studi petrarcheschi

### 1. PETRARCA POLEMISTA

Al poco de visitar a su hermano Gerardo, cartujo en Montrieux desde 1343, Petrarca le escribe una carta acompañada de su primera bucólica<sup>1</sup>. Al arrimo del Tíro y Melibeo virgilianos<sup>2</sup>, aquí el poeta y su hermano serán Silvanus y Monico. En la carta se ofrecen las claves de todo el poema, a fin de que Gerardo distinga la riqueza de alusiones que allí marchan apretadas. Así, en cuanto a la razón de los nombres, Francesco es Silvanus porque en él desde la infancia («ab ineunte etate») ha sido natural («insitus») el odio a las ciudades («urbis odium») y el amor de los bosques («amoreque silvarum»)<sup>3</sup>.

En la cuaresma de 1346, instalado en Vaucluse, aquel «insitus» amor por la naturaleza, menos sujeto a unos rigores filológicos que comenzaban a ponerse en entredicho, cristalizaba en el encendido elogio de la vida retirada que es el *De vita solitaria*. En uno de sus capítulos Petrarca va contrastando en breves viñetas, siguiendo la falsilla de una jorna-

<sup>1</sup> *Familiares*, X, IV y *Bucolicum carmen*, I, en *Poesie* pp. 808-816.

<sup>2</sup> «Virgilius noster in *Bucolicis* [I]... sub persona pastoris de se ipso loquens» (*Secretum*, p. 178)

<sup>3</sup> *Familiares*, X, IV, 20.

da completa, la vida del solitario apartado de las ciudades y la vida del que vive en ellas. El primero, paseando por los bosques al amanecer, entre «devotis .. suspiriis», eleva sus cotidianos laudes a Dios («diurnas Dei laudus»), y le ruega conserve su pureza de corazón («puritatem cordis») y apague el ardor de las disputas («extingui flammam litium»). Al segundo, en cambio, al punto de amanecer ya le invaden la habitación «hostibus amicis», pasa con tristeza la mañana «in forum», lleno de demandas («plenus querelarum»), y llega al anochecer ganado por las preocupaciones, el miedo, el vino o la soberbia<sup>4</sup>.

No hay razón para sospechar que Francesco no aspirara de joven o ya mayor, a una vida alejada de las ciudades, recogido en soledad y ascetismo. Pero los hechos confirman que estuvo muy lejos de lograr satisfacer su deseo, o que incluso prefería una vida a medio camino entre el campo y la ciudad<sup>5</sup>. Continuos viajes o largos años en Milán y Padua, nos llevan a dudar que tal deseo fuera más que una promesa grata de alimentar<sup>6</sup>. Todavía en los periodos vividos en Vaucluse, por encima de una vida contemplativa, libre de las «flammam litium», sobresale un inagotable afán de trabajo y una reflexión orientada tanto sobre sí como sobre cuestiones de actualidad<sup>7</sup>. No nos engañe el toque idílico con el que Petrarca cierra sus cartas: «ad fontem Sorgie». En realidad, como confiesa en una carta fechada en 1351, nada le mueve con más vehemencia a su retiro provenzal («nichil... me vehementius movet»), que la gran esperanza de darles una última mano («imponendi manum») a cier-

<sup>4</sup> *De vita solitaria*, pp. 300-318. Cito de las páginas, 304, 302 y 316. Todo el capítulo está animado de un buscado (y logrado) dramatismo, y es difícil no ver en él una voluntad de conmover al lector antes que un retrato de actitudes íntimas, si bien éstas (en un plano menos exaltado) podían estar al servicio de la primera y ser exageradas según criterios estrictamente literarios, como aquí parece suceder.

<sup>5</sup> Vid. *Metrice*, III, XVIII, compuesta en Milán en 1353 (ciudad donde residiría los siguientes ocho años), que comienza: «Rus michi tranquillum media contingit in urbe, / rure vel urbs medio...», de tal modo que cuando se cansa del «rus tranquillum» puede con sólo abrir la puerta pasear entre la gente «in media urbe». Esto cuando no se pregunta abiertamente, y nada menos que en el *De vita solitaria*, a qué utilidad responden su soledad, sus paseos, sus escaladas, si su malestar le sigue allí donde vaya, «talis in silvis qualis erat in urbis?» (p. 344). Cf. a la luz de este pasaje, *Secretum*, p. 126. Vid. también, *Familiares*, XVI, XI, 9-13 y XVII, X, 6. Alude a una intensa actividad social y literaria en Aviñón en el *De ignorantia*, p. 1054.

<sup>6</sup> No se descuiden las reminiscencias clásicas que hacían poco menos que condición *sine qua non* la vida retirada para el filósofo. Y en su madurez, Petrarca, «sobre todo, cual el mejor Cicerón, pretende ser *philosophus*» (F. RICO, *Introducción*, p. XXVII, en Petrarca, *Obras*, I: *Prosa*) Vid. *Invective contra medicum*, IV, p. 950; o en el *De vita solitaria*, cap. XII, donde da cumplida relación de filósofos amantes de la soledad, de Pitágoras a Pedro Abelardo.

<sup>7</sup> Recordar que durante la estancia en Vaucluse (1351-1353) se inicia la polémica contra el médico aviñonense, que tras un intercambio de cartas se trocará en las *Invective contra medicum*.

tas obrecillas suyas («opusculis quibusdam meis»)<sup>8</sup>. A Zanobi da Strada le cuenta detalles de su vida cotidiana: se levanta a media noche («media nocte consurgo»), sale de casa a primera hora de la mañana («primo mane domo egredior»), pero asegura que así en el campo como en casa, «studeo, cogito, lego, scribo». Con un solo vistazo al cuerpo de su obra, se impone juzgarle sincero al confesar que languidece y se atormenta («crucior semper et languo») cuando no escribe («nisi dum scribo»)<sup>9</sup>.

Así era como la ilusión jamás abandonada de una vida en soledad, tan alejada del presente como cercana a la vida religiosa, no tuvo más remedio que plegarse a las exigencias de otros estímulos igualmente poderosos. Y entre ellos, la creciente urgencia de involucrarse en «publicis... negotiis»<sup>10</sup>.

En los nuevos horizontes que amanecían allá por 1345, Francesco podía cifrar su nueva orientación intelectual en el dicho, «quae filologia fuit, facta philosophia est»<sup>11</sup>. Aquella nueva actitud, tal vez sin haberlo previsto, le acercó a facetas de su personalidad no cultivadas hasta la fecha, verbigracia, la de polemista.

Si hacemos recuento de su obra en prosa posterior a 1347, año del

<sup>8</sup> *Familiars*, XI, XII, 6. La carta, como señala Mario Martelli, «o è stata composta ad aggiunta più tardi al corpo delle *Familiari*, o è stata profondamente rielaborata», (Petrarca: psicología e stile, p. XXI). Vid. también FRANCISCO RICO, «Ubi puer, ubi senex»: Un libro de Hans Baron y el *Secretum* de 1353», en *QP*, IX-X, (1992-1993), pp. 234-236. Dejando a un lado las razones de la marcha a Vaucluse y Aviñón en julio de 1351, sabemos que Petrarca pensaba regresar a Italia al acabar el verano (Martelli, p. XVIII). Unas pocas «settimani» que habían de ser suficientes para «sbrigare gli affari che lo chiamavano in Francia». Las contradicciones de la *familiar* con la realidad (cf. RICO, p. 235-236) apuntan sin duda a que el autor «retocó la carta generosamente al preparar el texto *ne varietur*» (RICO, p. 235), pero, con todo, no creo necesario regatearle a Petrarca la sinceridad en la confesión de su «spes ingens» de concluir ciertos «opusculis» en Vaucluse. De ser toda la epístola pura invención, no se entendería (en lo que alcanzo) que llevara consigo el manuscrito del *Secretum* (la versión del 49) o los libros necesarios para trabajar en la ampliación proyectada del *De viris*.

<sup>9</sup> *Familiars*, XV, III, 1 (febrero, 1353) y XIII, VII, 10 (noviembre, 1352). Petrarca se confesaba incansable trabajador, a la zaga de los antiguos, un año antes de su muerte (*Seniles*, XVII, II, en *Prose*, p. 1.148 y 1.154-1.156). De ahí, pienso, que no tolerase verse sumido en «ille pestifer torpor ac perplexitas animorum» (*Familiars*, XVII, X, 21), aun cuando probablemente caía en esa «egritudo animi» menos veces de lo que podemos pensar. Sobre la acidia (que Petrarca empareja con la *aegritudo* clásica), vid. *Secretum*, p. 106 y el comentario *ad locum* de F. RICO en *Vida u obra de Petrarca, I: Lectura del «Secretum»*, Antenore-University of North Carolina, Padua-Chapell Hill, 1974, pp. 197 y ss.

<sup>10</sup> *Familiars*, I, I, 33.

<sup>11</sup> La inversa de la conocida frase de Séneca: «quae philosophia fuit, facta philologia est» (*Ad Lucilium*, CVIII, 23), en crítica a los maestros «qui nos docent disputare, non vivere» (F. RICO, *Introducción*, p. XXVII, en P., *Obras*, I: *Prosa*). Para este viraje en temas y objetivos (que aquí a penas rozo), vid. GUIDO MARTELOTTI, «Linee di sviluppo dell'umanesimo petrarchesco», en *SP*, II, (1949), pp. 51-80; De F. RICO, *Lectura del «Secretum»*, sobre todo, pp. 472-501; y la *Introducción* ya citada a P. *Obras*, I: *Prosa*, pp. XV-XXXIX.

*De otio religioso*, salvando el imponente *De remediis utriusque fortune*, el resto de obras extensas respiran de un intenso diálogo con particulares de la época, lúcido o exagerado, siempre personalísimo: las *Invective contra medicum* (1353), la *Invectiva contra quendam magni status hominem sed nullus scientie aut virtutis* (1355), el *De sui ipsius et multorum ignorantia* (1367), la *Invectiva contra eum qui maledixit Italie* (1373), junto a las *familiares* o *seniles* en las que busca fijar definitivamente sus distintas opiniones<sup>12</sup>.

Si el retiro nunca se desasocia del estudio y la reflexión sobre el presente (como hemos procurado demostrar arriba), estos mismos desvelos no se entienden (y menos aún en nuestro autor) sin unos lectores a los que llegar mediante la palabra escrita. Para Francesco los criterios a partir de los cuales juzgar una obra, corren paralelos a los efectos que ocasiona su lectura en el lector. Con los libros morales de Aristóteles, nos dice, tal o cual vez me habré vuelto más sabio («doctiorque his forsitan nonnunquam»), pero no mejor («sed non melior»). De las carencias señaladas en Aristóteles se deduce el esfuerzo por conjugar en sus propios escritos preceptos morales con oportuna elocuencia, a fin de encontrar esas palabras que apremian e incendian el espíritu («mens urgetur atque incenditur»)<sup>13</sup>.

¿Cabe entender sujetas a estos criterios las obras más decididamente polémicas de Petrarca? Tomemos un ejemplo. Es sabido el carácter ficticio de muchas *familiares*. Algunas son verdaderas piezas maestras de la invectiva y abordan cuestiones conocidas para todos en la época. ¿Pero es razón suficiente que fueran escritas en vistas a un público numeroso para apreciarlas en el mismo contexto, digamos, que los *Remediis utriusque fortune*? ¿No sería lícito verlas como simple testimonio de las antipatías del autor, textos que no responderían a la voluntad de hacer «melior» al lector? Pienso que no, si advertimos el matiz fundamental que caracteriza estas cartas: el encuentro violento no de dos opiniones concretas sobre temas circunstanciales, sino de dos concepciones opuestas de la vida y del lugar que ocupa en ella el saber<sup>14</sup>.

<sup>12</sup> Vid. los estudios de U. BOSCO, «Precisazioni sulle *Invective contra medicum*», *SP*, I, (1948), pp. 97-109; P.O. KRISTELLER, «Petrarch's «averroists»», *BHR*, XIV, (1952), pp. 59-65; P.G. Ricci, «La cronologia dell'último «certamen» petrarchesco», *SP*, IV, (1951), pp. 47-57; bibliografía en *Prose*, pp. 1171-1177 y en P. *Obras*, I: *Prosa*, p. 160

<sup>13</sup> *De ignorantia*, p. 1106. En la *Invectiva contra eum qui maledixit Italie*, glosa el pasaje anterior: «plus Aristotilem docere, plus Tullium animos movere» (p. 1.234). Veinte años antes sentenciaba un libro de Galeno (no importa si muy o poco sinceramente) arguyendo que poco valor tendría si su rival, que lo había leído, seguía siendo tan estúpido (*Invective contra medicum*, III, en *Prose*, p. 650).

<sup>14</sup> Vid. en *Prose*, pp. 1171-1177, en la *Nota critica ai testi*, la rica tradición manuscrita que gozaron las obras polémicas de Petrarca, prueba de que los contemporáneos y las gene-

Petrarca se labró un estilo de polemista que haría escuela en sucesivas generaciones (Salutati, Bruni, Valla,...), tomando de aquí de allá, saboreando nuevos matices del sarcasmo, nuevos grados de irritación y aspereza. Los métodos variaron necesariamente.

Si hasta entonces el diálogo con libros y autores se practicaba con una pluma, presta a salpicar de aprobaciones y reproches los márgenes del códice, ahora sus opiniones necesitarán de argumentos más elaborados<sup>15</sup>. Recuperará giros clásicos y citas bíblicas, se valdrá de recursos retóricos, de sibilinos apóstrofes a hipérboles degradantes o crueles ironías, y acuñará nuevas expresiones. En lo que afecta a la creatividad literaria es palmario que Francesco debió disfrutar como pocas veces. Incluso agradece al médico sus insultos («*gratiam habeo convitiis tuis*»), pues le estimulan el ingenio («*exercent ingenium*»)<sup>16</sup>. Reconoce sus maestros en Cicerón y Salustio no menos que en Gerolamo, Berengario de Poitiers o el mismo San Agustín<sup>17</sup>.

Había, con todo, una vieja *quaestio* que Petrarca no podía desoir; en efecto, ¿cómo conciliar el precepto retórico que condenaba el hablar de sí mismo y elogiarse frente a otros (εὐευδοκίμειν), con unos textos plagados de opiniones personales, de insultos e ironías contra el rival de turno, de vanidoso recuento de alabanzas recibidas?<sup>18</sup> El propio Petrarca recuerda que, en efecto, «*gloriarı et de seıpsı predicare vanum ac superbum [est]*»<sup>19</sup>.

---

raciones siguientes de humanistas leyeron algo más que unas meras batallas personales. Petrarca tiene muy presente al lector en sus invectivas: se dirige a él (v.gr., «lector, oro te», «lector amabilis», etc.), espera de él un juicio sobre la polémica («iudicent qui legent»), o que la posteridad dicte veredicto a su pleito («De re autem posteritas viderib» *De ingorantia*, p. 1142). Incluso desea ser «tam gratus» para el lector «quam molestus tibi» (*Invective contra medicum*, III, en *Prose*, p. 660). Para las polémicas suscitadas por sus obras latinas durante el siglo XV, vid. A. L. MCLAUGHLIN, «Histories of Literature in the Quattrocento», en *The Languages of Literature in Renaissance Italy*, eds. P. Hainsworth, V. Lucchesi et al., Oxford, 1988, pp. 63-80. Para la difusión de los textos polémicos fuera de Italia, vid. los respectivos *censimenti* publicados por la ed. Antenore de Padua, el último de ellos a cargo MILAGROS VILLAR, *Códices petrarquescos en España*, 1995.

<sup>15</sup> Un diálogo tanto o más intenso «cum sanctis, cum philosophis, cum poetis, cum oratoribus, cum historicis» que murieron «multis ante me seculis», que «cum his qui sibi vivere videntur» (*Familiares*, XVI, VI, 25 y XV, III, 14). Para la variedad de acotaciones en los códices, vid. F. Rico, «Petrarca y el *De vera religione*», *IMU*, XVII (1974), pp. 317, 319, 322 y 327; o S. GENTILE, «Le postille del Petrarca al *Timeo* latino», *QP*, IX-X (1992-1993), p. 130.

<sup>16</sup> *Invective contra medicum*, IV, p. 970.

<sup>17</sup> *Ibidem*. Digo que los reconoce porque asegura que «non ignorem» los «verborum certamina» de Cicerón y Salustio, de Gerolamo y Agustín, en pp. 972-974. Para BERENGARIO DE POITIERS, *Invectiva contra eum qui maledixit Italie*, p. 1190.

<sup>18</sup> Para una exposición del problema, vid. HUGO FRIEDRICH, *Montaigne*, Gallimard, París, 1968, pp. 238-239 y 406-407, con referencias de Aristóteles, Cicerón, Tácito o Dante.

<sup>19</sup> *Invective contra medicum*, IV, p. 972, recordando a CICERÓN, *De officiis*, I, 137; «deforme etiam est de se ipsum praedicare», párrafo del que extrae una cita en p. 976.

Destacados autores habían resuelto la duda de si «es posible la alabanza propia sin merecer censura», apuntado una razón previa que justificaba romper con la norma: «cuando se hace para defenderse de una calumnia o una acusación»<sup>20</sup>. Condición que Petrarca no dejará de reseñar: «laccessitus sum», «convitiator meus» o «tu [lector] laccessito faveas»<sup>21</sup>. Una acusación que nos remite a la misma retórica clásica, al *genus demonstrativum*, en el que declara haberse ejercitado («in demonstrativo genere exerceor»), género que incluía, desde Aristóteles (*Retórica*, 1366a), la *laus* y la *vituperatio*, la *accusatio* y la *defensio*<sup>22</sup>. Todas ellas cultivadas en sus invectivas, salvo la primera, que confiesa habría preferido practicar («mallem in laudibus exerceri») <sup>23</sup>.

Precisado el género de las *Invective*, Petrarca tendrá disculpado su «sermo tam fervidus» o el permitirse observar en su rival las costumbres «porcorum»<sup>24</sup>, ya que cuando «la contesa assume carattere personale», y el adversario es un dechado de ignorancia y soberbia, «non c'è

<sup>20</sup> PLUTARCO, *Moralia*, «De cómo alabarse sin despertar envidia», 4, 540c, p. 86 en la edición de Gredos, Madrid, 1996, (vol. VIII), p. 86. Más adelante añade Plutarco: «En algunas ocasiones, para causar miedo o reprimir y para humillar y dominar al hombre arrogante y presuntuoso, no está mal jactarse y vanagloriarse de uno mismo» (16, 544 F; p. 99). Vid. también, DANTE, *Convivio*, I, II.

<sup>21</sup> *Invective contra medicum*, IV, pp. 980, 978 y 980. Cosa que, por otro lado, no es del todo cierta en estas invectivas. Lo es en tanto responde a una afrenta personal, pero fue Petrarca quien inició el intercambio de hostilidades con su carta a Clemente V (*Familiares*, V, XIX). Vid. U. BOSCO, *art. cit.*, p. 97 y 100. Es significativo además que en la tradición manuscrita la carta a Clemente V se copiara junto a las *Invective* (vid. M. VILLAR, *Códices petrarquescos en España*, ed. cit., p. 380). Los objetivos que persigue en sus respuestas a los ataques recibidos varían. Si a veces sólo da como razón la necesidad de limpiar su nombre (v.gr., en *Invective contra medicum*, I, p. 818) en otras va más allá y dice haber contestado para que el médico no crea haber hundido «musarum ... et sacrorum studiorum» (*ibidem*, III, en *Prose*, p. 678), o sencillamente para defender la verdad (*ibidem*, II, pp. 858-860). Muy retóricas suenan sus palabras introductorias del *De ignorantia*, pp. 1.026-1.030, donde nos confirma que para Francesco la razón fundamental de los ataques recibidos es la «invidia». Al respecto, vid. *Seniles*, XVII, II, en *Prose*, p. 1.152.

<sup>22</sup> Sobre el *genus demonstrativum*, vid. *Rethorica ad Herennium*, III, VI, 13; CICERÓN, *De inuentio*, II, LIX. En general, consúltese el apartado que le dedica H. LAUSBERG, *Manual de retórica literaria: fundamentos de una ciencia de la literatura*, Gredos, Madrid, 1966-1968; también, E. R. CURTIUS, *Literatura europea y Edad Media latina*, FCE, Madrid, 1995, pp. 106-108 y 226-231; Aristótil, *Retórica. Poética*, Edicions 62, Barcelona, 1998, edición a cura d' A. Blecua, pp. 18-21 de su introducción. En un pasaje de Quintiliano: «Quin illa etiam pars tertia que laudandi ac vituperandi officis continetur?» (XII, II, 16), apostilla Petrarca, «Demonstrativa» (f. 112vb, 1559). Vid. M. A. LANZILLOTTA, *Le posille del Petrarca a Quintiliano (Cod. Parigino lat. 7720)*, SP, V, (1988).

<sup>23</sup> *Invective contra medicum*, IV, pp. 972, 978, 980. Idéntico comentario nos brinda al inicio de una carta ficticia escrita entre 1350 y 1351: «Experiri vis, ut arbitrator, in demonstrativo cause genere quid possim. In laudibus potius quam in contrario me probasses!» (*Familiares*, I, XI, 1).

<sup>24</sup> *Ibidem*, pp. 972 y 976.

freno che importi: difendersi è giusto, offendere indispensabile»<sup>25</sup>. En realidad, ¿no es la ira, «animi repens», una reacción natural del que ha sido ofendido?<sup>26</sup> Si luego el disputar «cum iracundia aut pertinacia» ha impedido adecuar las palabras a la cuestión debatida, ya habrá tiempo de pedirle al lector una disculpa camino de la *captatio benevolentiae*<sup>27</sup>.

## 2. LA NUEVA DIALÉCTICA: LOS MODERNOS

De los varios frentes polémicos abiertos en la obra de Petrarca, la crítica ha propuesto varias posibilidades al deslinde de aquellos más seriamente tratados, así como la significación de los mismos en el marco del humanismo. Desde los iluminadores estudios de Garin y Vasoli<sup>28</sup>, los petrarquistas están de acuerdo en considerar fundamental la polémica contra los lógicos de Merton College, los *moderni*, discípulos del franciscano Guillermo de Occam<sup>29</sup>. Quienes con un sofisticado conjunto de definiciones y reglas dialécticas, aspiraban a resolver todas las *quaestiones* que las

<sup>25</sup> P. G. RICCI, «La tradizione dell'invettiva tra il Medioevo e l'Umanesimo», en *LI*, XXVI (1974), p. 409.

<sup>26</sup> *Invectiva contra eum qui maledixit Italie*, p. 1.190.

<sup>27</sup> *Invective contra medicum*, IV, p. 976 (citando a CICERÓN, *De finibus*, I, 27-28) y p. 978.

<sup>28</sup> Vid. sobre todo, E. GARIN, «La cultura fiorentina nella seconda metà del 300 e i 'barbari britanni'», en *RLI*, LXIV (1960), pp. 181-195; «Petrarca e la polemica con i 'moderni'», en *Rinascite e rivoluzioni. Movimenti culturali dal XIV al XVIII secolo*, Laterza, Bari, 1990, pp. 71-88; C. VASOLI, *La dialettica e la retorica dell'Umanesimo. «Invenzione» e «Metodo» nella cultura del XV e XVI secolo*, Feltrinelli Editore, Milano, 1968, pp. 9-15; «Petrarca e i filosofi del suo tempo», *QP*, IX-X (1992-1993), pp. 75-92. Vid. también, F. TATEO, *Dialogo interiore e polemica ideologica nel «Secretum» del Petrarca*, Casa Editrice F. Le Monnier, Firenze, 1965, p. 56 ss. Otras interpretaciones de las propuestas de Garin y Vasoli las resume sucintamente K. FOSTER, *Petrarca. Poeta y humanista*, Crítica, Barcelona, 1989, p. 198, n. 16.

<sup>29</sup> Durante toda la Edad Media la dicotomía modernos-antiguos funcionó generalmente como delimitación de un *modus facendi* en el campo del saber. Claro que también se empleaba como simple adjetivo temporal, contrapuesto a la Antigüedad: «tra lo stil de' *moderni* e 'l sermon prisco» (*Rerum vulgarium fragmenta*, XL, 6); «cum ad deprimentam veterum industriam et excusandam ignaviam *modernorum*» (*Seniles*, XVII, II, en *Prose*, p. 1148); «pestis animi, quam accidiam *moderni*, veteres egritudinem dixerunt» (*Secretum*, p. 106). Dante llama a sus contemporáneos «moderni bruti» (E. R. CURTIUS, *op.cit.*, p. 519, n. 47). Un ensayo global sobre la cuestión; J. A. MARAVALL, *Antiguos y modernos. La idea del progreso en el desarrollo inicial de una sociedad*, Sociedad de Estudios y Publicaciones, Madrid, 1966 (vid. p. 243, donde nota el autor que Alfonso de la Torre, en su *Visión delectable*, emplea el adjetivo con «un uso análogo al que se encuentra en las polémicas de la época contra la corrupción en que ha caído la filosofía de los *moderni*, esto es, de los nominalistas del siglo XV»). Vid. también, E. GILSON, «Notes sur une frontière contestée», *AHDLMA*, XXV, (1959), pp. 65-81.

ciencias planteaban y a «extraer, en última instancia, conclusiones metafísicas, certezas intemporales, perpetuamente válidas»<sup>30</sup>. Discusión pues, centrada en métodos y fines antes que en los contenidos. Rendida la Sorbona a la nueva dialéctica británica, hacia mitad de siglo, de la mano de profesores como Gerardo Odón o Francisco de Mayronnes, estos métodos ganaban terreno en centros de enseñanza italianos<sup>31</sup>.

También sus críticas a los físicos, teólogos o al médico de turno que elabora sus pronósticos con la ayuda de silogismos, van de la mano con los desplantes a los dialécticos. Todos ellos participan de «una concezione del mondo attraverso la 'logica' e il linguaggio in cui si manifesta e di cui si serve»<sup>32</sup>. Antaño, le dice Petrarca al médico aviñonense, «los enfermos eran curados sin silogismos... Con vosotros silogizando, mueren quienes sin vosotros podrían vivir»<sup>33</sup>. Petrarca era consciente del calado en varias disciplinas científicas de la nueva lógica inglesa, fuera en una concreta aplicación de métodos británicos (como en efecto sucedió con los físicos de la Sorbona), o por simple efecto de respirar su orientación logicista (como el caso de ciertos médicos), lo cual explicaría los términos gemelos en los que despotrica de un dialéctico y de un médico. No en otro sentido deberían interpretarse esas relaciones entre las ciencias («de scientiis inter se») y los límites de una ciencia particular («de unius scientie terminis»), que Petrarca entiende como temas factibles de crear controversia<sup>34</sup>.

<sup>30</sup> Vid. F. RICO, *El sueño del humanismo*, Alianza, Madrid, 1993, p. 22. Valgan un par de ejemplos para demostrar que conocía perfectamente el origen de la nueva dialéctica: «dyalecticorum agmini britannico» (*Familiares*, I, VII, 5); «...stomacosum illud ergo parisiense et oxoniense, quod mille iam destruxit ingenia» (*Seniles*, XII, II, p. 1.008).

<sup>31</sup> «Frattanto da Bologna e da Parigi continuava la lenta invasione di testi e di comenti alla logica aristotelica e alla *philophia naturalis* in chiave occamista e averroista, come è possibile documentare dagli inventari delle biblioteche di alcuni professori del tempo» (A. POPPI, *Introduzione all'aristotelismo padovano*, Antenore, Padova, 1991, p. 20). Cf. C. SCALON, *Produzione e fruizione del libro nel basso medioevo. Il caso Friuli*, Antenore, Padova, 1995, p. 252 y n., donde sabemos de un dominicano, Thomas de Utino, que había estudiado en Oxford y Bolonia, y que en su «capsa» tenía un par de libros de Occam, además de la *Logica* de Alberto Magno, según reza un inventario realizado en 1402 (pp. 252-253). Y en uno de 1423, leemos: «Item unum librum loicale in papiro cum tabulis qui incipit: 'Omnes loice tractatores et cetera' et finit 'Hec loica ad usum fratris Iohannis de Civitate Austria». El libro no es sino la *Summa logicae* del mismo Guillermo de Occam (p. 304). Vid. también, E. GARIN, «La cultura fiorentina...», *loc. cit.*, pp. 183-184.

<sup>32</sup> E. GARIN, *Rinascite e rivoluzioni*, ed. cit., p. 28.

<sup>33</sup> *Invective contra medicum*, III, en *Prose*, p. 692. (vid. también en la II, p. 850).

<sup>34</sup> *Invective contra medicum*, IV, p. 974. Es idea que le rondaba a menudo por la cabeza, v.gr. en la misma invectiva, p. 818, 828 o 838.

### 3. LA DIALÉCTICA: DEL SIGLO XII AL SIGLO XIV

Cuando E.R.Curtius escribía que «entre el mundo de Juan de Salisbury y el de Petrarca hay un parentesco espiritual»<sup>35</sup>, tal vez sólo establecía correspondencias entre el humanismo francés del XII y el italiano del XIV, pero, en cualquier caso, su afirmación es póstumo inmejorable para detenernos lo justo en el tiempo de un autor que dos siglos antes de Petrarca, mantenía una fuerte discusión con los excesos de abstracción y tecnicismo de los lógicos contemporáneos<sup>36</sup>.

Cuando Salisbury escribe su *Metalogicon*<sup>37</sup>, obra en la que desarrolla su teoría educativa, el marco de las artes liberales, del *trivium* y el *quadrivium*, acusaba sus limitaciones al ganar las disciplinas en especialización. *Septem artes liberales non sufficienter diuidunt philosophiam theoreticam*, decía Santo Tomás. Las escuelas catedralicias, ya desligadas de las escuelas monacales, se alzaban en estandarte de sus respectivas ciencias, originando la crisis de una determinada articulación de las disciplinas. En París reinaban la lógica y la teología, en Bolonia el derecho, en Salerno y Montpellier la medicina. Se requería con urgencia una nueva clasificación de las ciencias, para la cual no sólo contaban las artes liberales sino las *divisiones philosophiae* de origen aristotélico y las elaboradas por los estoicos y los neoplatónicos. El incontable número de sistemas propuestos, de improvisados esbozos a desarrollos exhaustivos, vienen a sugerirnos el clima de inquietud intelectual que atraviesan escuelas y universidades del siglo XII y XIII<sup>38</sup>.

Pero si algunas disciplinas iban perdiendo protagonismo, otras no dejaban de medrar en prestigio, como es el caso de la dialéctica. Es en el siglo XII cuando la dialéctica precisa su lugar en el ámbito de la enseñanza y logra desligarse de «la identificación y confusión con la lógica»<sup>39</sup>,

<sup>35</sup> E. R. CURTIUS, *op. cit.*, p. 120.

<sup>36</sup> E. Garin ha insistido en «la perfetta e non casuale corrispondenza di argomenti e di immagini fra la lettere del Petrarca a Tomaso Caloria da Messina [*Familiars*, I, II, VII, XII], contro la dialettica dei logici inglesi, e taluni luoghi «anticornificiani del *Metalogicon*» (*Rinascite e rivoluzioni*, ed. cit., p. 25).

<sup>37</sup> Para un repaso de la obra, es fundamental el artículo de Daniel D. McGary, «Educational theory in the *Metalogicon* of John of Salisbury», en *Speculum*, XIII (1948), pp. 659-675 (Para la posición de Salisbury ante la lógica, pp. 669-670).

<sup>38</sup> Para el tema remito a F. RICO, en *Alfonso el Sabio y la «General Estoria»*, Ariel, Barcelona, 1984, pp. 142-143 y n.1 con abundante bibliografía (vid. también mi nota 39).

<sup>39</sup> E. GARIN, «La dialéctica desde el siglo XII a principios de la Edad Moderna», en Abbagnano y otros, *La evolución de la dialéctica*, Barcelona, Martínez Roca, 1971, pp. 132-163 (p. 135). Sin embargo, advierte Garin, «constantemente la dialéctica parece expuesta a la tentación de confundirse a veces con la lógica, otras con la retórica y hasta con la «teología»; a menudo la historia de la dialéctica está forjada por las tentaciones de caracterizarla

merced a las hornadas de nuevas traducciones aristotélicas (los *Tópica* y los *Elenchi* sobre todo) que entraban en circulación entre 1120 y 1160. Desde entonces, «la dialéctica se irá estructurando como disciplina de un doble razonamiento —*ars opponendi et respondendo*—, que pretende, frente a proposiciones dispares, llegar a una conclusión»<sup>40</sup>. Así, cuando maestro y alumnos de algún *studium* público, enfrascados en la lectio de un texto, tropiezan con un pasaje difícil, se plantea la *quaestio* que pone en marcha la *dialectica disputatio*. De la discusión sobre el significado de los términos (*proprietas vocum*) se llega a las propuestas de argumentos en pro y en contra (*sic et non*), animados por la búsqueda de un *consensus* que acerque posiciones contrarias. Si la técnica podía aplicarse sobre un pasaje de Virgilio o Boecio, era factible atajar con idéntico método las dudas planteadas en la *lectio de la pagina divina*, lo cual, como señala Garin, era suficiente para «provocar una revolución en la enseñanza»<sup>41</sup>. Alguno no las tuvo todas consigo, y acababa optando por mirar al cielo y murmurar: «Dialecticus proponit... diabolus concludit»<sup>42</sup>.

---

bajo uno de estos tres aspectos» (p. 134). Así, el mismo médico de Aviñón contra el que arremete Petrarca, identifica lógica con dialéctica: «*dyalecticam, quam logicam vocas*» (*Invective contra medicum*, II, p. 876). La puntualización de Petrarca se deja explicar en el mismo pasaje: «*Dicis in primis me logica carere. Non credo michi rethoricam aut grammaticam interdicas, que logice nomine continetur*» (*Ibidem*). En efecto, una clasificación del saber corriente en la época era la de llamar lógica al *trivium* y física al *quadrivium*. (P. O. KRISTELLER, *El pensamiento renacentista y sus fuentes*, FCE, Madrid, 1993, p. 306). Cuando Petrarca emplea el término *lógica*, salvo rara excepción, la entiende desde esta clasificación. De ahí que se diriga a sus rivales llamándolos dialécticos (o «disputatores»), no lógicos. Recordar además que, en la perspectiva que adopta y defiende Petrarca, el fin de la dialéctica no es la demostración de verdades universales (la fe y los dogmas son indiscutibles), sino que se limita a «les qüestions opinables (*éndoxa*) que no són veritats universals» (A. BLECUA, *loc. cit.*, p. 12). Así la entiende Salisbury (remontándose a Cicerón y San Agustín): «*Principia itaque dialecticae probabilia sunt*», precisando que «*potens enim est de omni problemate, ethico scilicet, physico et logico probabilitur disputare*» (*Metalogicon*, II, XIV, 871c y XV, 872c PL, 199), en una paráfrasis de Aristóteles, *Tópicos*, 105b. En la exageración de esa «*potens... de omni problemate... disputare...*» caminará la dialéctica medieval, trocando los «*probabilia*» en conclusiones eternamente válidas. Sobre la dialéctica en general, vid. C. VASOLI, *La dialettica e la retorica dell'Umanesimo. «Invenzione» e «Metodo» nella cultura del XV e XVI secolo*, ed. cit.; M.-D. CHENU, *Introduction à l'étude de Saint Thomas d'Aquin*, Montreal-París, 1954, pp. 51-58; R. MCKEON, «*Rhetoric in the Middle Ages*», en *Speculum*, XVII (1942), pp. 1-32 (sobre las relaciones entre lógica y dialéctica, pp. 7-11).

<sup>40</sup> E. GARIN, «*La dialéctica desde...*», *loc. cit.*, pp. 135-136.

<sup>41</sup> *Ibidem*, p. 139.

<sup>42</sup> E. GARIN, *La educación en Europa, 1400-1600. Problemas y programas*, Crítica, Barcelona, 1987, p. 52 n. 32. Vid. la carta contra Pedro Abelardo de Bernardo de Claravalle al Papa Inocencio II, donde no deja de reconocer que el filósofo destaca en el arte de la dialéctica, pero le culpa de haberla aplicado sin el debido respeto a las Santas Escrituras (puede leerse en la ed. de la *Ethica* de Abelardo al cuidado de Pedro R. Santidrián, Tecnos, Madrid, 1990, Apéndice 3, pp. 122-150).

La dialéctica, como método para resolver cuestiones a través de la *disputatio*, es la gran triunfadora en las escuelas del XII, legando a épocas venideras el hábito intelectual de comprender aquella realidad incuestionable de los *auctores* merced al detenido análisis de los términos y sus significaciones, a la búsqueda entre las palabras de relaciones formales dotadas de valor inmutable.

El entusiasmo por aquella técnica de raigambre lógico, facilitó desde buen principio excesos de confianza en las posibilidades del método, lo que propició que muchos desdeñaran el resto de las artes en beneficio de la dialéctica («*immutabatur dialectica, contemnebatur rhetorica*»), y abusaran de la *disputatio* escrutando —dice Salisbury— cada sílaba, cada letra, dudando de todo («*dubitantes ad omnia*»), siempre preguntando («*quarentes semper*») pero nunca llegando a la ciencia («*sed nunquam ad scientiam pervenientes*») <sup>43</sup>.

Lo cierto es que Salisbury y quienes iban de su parte estaban en franca desventaja, como el siglo entrante les habría demostrado. París llega al siglo XIII orgullosa de hospedar los más altos saberes de la época, segura de ser la tercera, tras Grecia y Roma, en el mito de la *translatio studii* <sup>44</sup>. Con el nuevo siglo, se escriben nuevos manuales de gramática cómplices del rumbo que tomaba por entonces la enseñanza. Los viejos manuales de Donato y Prisciano, repletos de ejemplos clásicos, conviven ahora en el canon de obras estudiadas con el *Doctrinale* (1199) de Alexandre de Villedieu y el *Graecismus* de Evrard de Béthume, donde el primero prescinde de cualquier ejemplo clásico y el segundo «había proseguido el tenaz combate contra un Prisciano reo de apoyarse en los modelos antiguos en lugar de inquirir las causas universales del lenguaje» <sup>45</sup>. En efecto, los viejos tratados de gramática dejaban construcciones sintácticas sin explicar, justificando otras al arrimo de citas clásicas. El principio de autoridad ya no convence y los nuevos talentos se aplican a descubrir desde la lógica las reglas de una gramática universal <sup>46</sup>. Si de-

<sup>43</sup> *Metalogicon*, I, III, 829d y II, VII, 864c, en *PL*, 199.

<sup>44</sup> E. R. CURTIUS, *op. cit.*, pp. 52-54 y 550-551; E. Garin, *La educación en Europa, 1400-1600. Problemas y programas*, ed. cit., pp. 33-34; J. Le Goff, *Los intelectuales en la Edad Media*, Gedisa, Barcelona, 1996, p. 28; y la abundante bibliografía que trae F. RICO en *Alfonso el Sabio y la «General Estoria»*, ed. cit., p. 160.

<sup>45</sup> F. RICO, *Nebrija frente a los bárbaros. El canon de gramáticos nefastos en las polémicas del humanismo*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1978, p. 12.

<sup>46</sup> «Mientras que los lógicos se ocupan de los términos, los gramáticos se mueven cada vez más en lo abstracto: se desinteresan de los autores y de todo el aspecto concreto, literario de la lengua, para dar a su disciplina el aspecto de una lógica» (P. VIGNAUX, *El pensamiento en la Edad Media*, FCE, Madrid, 1995, p. 65). Sobre la gramática especulativa, vid. R.H. ROBBINS, *Breve historia de la lingüística*, Paraninfo, Madrid, 1980, pp. 81-82 y 85-96; E. GARIN, «La dialéctica desde...», *loc. cit.*, p. 138; M.-D. CHENU, «Grammaire et théologie aux XIIIe et XIIIe siècles» *AHDLMA*, 1935-1936, pp. 5-28.

jamos de lado, se dicen, las variaciones accidentales particulares de cada lengua, se observará que de aquellos rasgos comunes a todas las lenguas se deduce una gramática. Todo lo cual en París no hizo sino reducir drásticamente el estudio de la gramática y la *lectio* de obras clásicas, a fin de comenzar «el estudio de la lógica lo más pronto posible»<sup>47</sup>. En los programas de la Facultad de Artes durante la segunda mitad del XIII desaparecen los estudios clásicos, y Alberto Magno se permite sentenciar que «el necio es al sabio como el gramático desconocedor de la lógica es al versado en lógica»<sup>48</sup>.

Parte fundamental de la enseñanza seguía articulándose en las *disputationes dialecticas*, pero ahora se advierte en éstas «la construcción de una máquina que tiende a rebasarse... Aquella dialéctica cuya eficacia residía en la coalición del sic y del non, siente ahora la urgencia desesperada de un rigor lingüístico y lógico, y orienta sus investigaciones hacia una completa sistemacidad»<sup>49</sup>. A esta nueva exigencia responden las obras de Lamberto de Auxerre, Guillermo de Shyreswood y las *Summulae* de Pedro Hispano, escritas en la segunda mitad de siglo, donde se acentúa la especulación sobre los *verba*. La nueva *logica modernorum* que sustituye la *logica vetus y nova*, «est un travail de pure dialectique, il se borne à des définitions de termes, à des formes mnémoniques, à des formules concernant le bon emploi des opérations logiques»<sup>50</sup>. Y aquí tenemos ya localizados los «nescio quos tractatus» que Coluccio Salutati señalará como fuentes directas de la lógica de los *moderni*. Las obras de estos autores, y especialmente la de Pedro Hispano, ensayaban métodos de argumentación y exposición que disfrutaron de un amplio desarrollo en la lógica del XIV<sup>51</sup>. Por otro lado, esta última lógica no habría sido la misma de no mediar antes el franciscano Guillermo de Occam<sup>52</sup>.

Del terminismo de Pedro Hispano, heredero de toda una lógica escolástica ambiciosa de constituirse como ciencia rigurosa del *sermo*, se llega con Occam a una lógica del lenguaje presta a servir de instrumento para cualquier demostración metafísica. El nominalismo de Occam nos lleva a considerar los términos signos de las cosas y a construir una filosofía basada en la especulación dialéctica con estos signos. Todo ello, advierte Garin, «al precio de transformar aquella [*dialectica disputatio*] ... en

<sup>47</sup> É. GILSON, *La filosofía en la Edad Media*, Gredos, Madrid, 1972, p. 377

<sup>48</sup> Citado por R. H. ROBBINS, *Breve historia de la lingüística*, ed. cit., p. 83.

<sup>49</sup> E. GARIN, «La dialéctica desde...», *loc. cit.*, pp. 147 y 148.

<sup>50</sup> H. D. SIMONIN, «Les *Summulae logicales* de Petrus Hispanus», *AHDLMA*, 1930, p. 275.

<sup>51</sup> P. O. KRISTELLER, *El pensamiento renacentista y sus fuentes*, ed. cit., p. 177

<sup>52</sup> Sobre la filosofía de Guillermo de Occam y el occamismo, cf. CONSTANTIN MICHALSKI, *La philosophie au XIV<sup>e</sup> siècle*, Minerva GMBH, Frankfurt, 1969; É. Gilson, *La filosofía en la Edad Media*, ed. cit. pp. 591-635.

una ciencia absoluta, mientras la búsqueda en realidad no se limitaba, tal como pretendía [el nominalismo], a los *verba*, poniendo entre paréntesis las res, sino que en las vinculaciones de los *verba* creía agotar todo el conocimiento de las relaciones reales, sin necesidad de retornar a la realidad»<sup>53</sup>. Todo el saber quedaba circunscrito a una discusión sobre las palabras.

Ya en la segunda mitad del XIV, Jean Gerson señalará que la crisis que vivía la época, tanto de la cultura en general como de las ciencias morales en particular, radicaba esencialmente en la pretensión de someter la metafísica, la teología y cualquier otra disciplina a las sutilezas de la nueva dialéctica. A todos ellos, «verbosi, sophistae, garruli», los caracteriza con agudeza: «de solo nomine controversiam nectentes»<sup>54</sup>.

Del siglo XII al siglo de Petrarca, se ha intentado, mal que bien, seguir la evolución de la dialéctica. Hasta qué punto esta técnica de discusión progresivamente complicada condicionó el modo de trabajo escolástico, lo prueban el incontable número de manuscritos medievales repletos de temas para discusión («Utrum...»), de *quaestiones* resueltas, algunas de media página, otras llenas de disquisiciones interminables<sup>55</sup>.

Como se verá, la razón fundamental del rechazo a la dialéctica escolástica de los siglos XIV y XV por parte de los humanistas, de Petrarca a Lorenzo Valla, estará en la crítica tanto al lenguaje excesivamente técnico como a la «pretesa di ridurre ogni ricerca scientifica ed ogni attività umana alla determinazione astratta e a priori di procedimenti dialettici»<sup>56</sup>. Se buscará recuperar su carácter original, una técnica de la discusión, que nos permita evitar el error y reconocer la verdad.

#### 4. LA ITALIA DE PETRARCA

En Italia la enseñanza corría por otros caminos. Las ciudades regidas por los *comuni*, gobiernos de carácter municipal, una vez terminadas las Cruzadas desarrollaron una próspera actividad económica, que pronto se vio necesitada de una burocracia que asegurara la buena marcha del gobierno, de la administración y de la diplomacia. La enseñanza iba orientada a preparar futuros jueces, abogados, notarios o secretarios, con un evidente sentido práctico de la educación. Así, los maestros de

<sup>53</sup> E. GARIN, «La dialéctica desde...», *loc. cit.*, p. 151.

<sup>54</sup> Citado por E. GARIN en *Rinascite e rivoluzioni*, ed. cit., p. 26.

<sup>55</sup> A corte de ejemplo, cf. J. DUNS ESCOTO, *Cuestiones cuodlibetales*, BAC, Madrid, 1968, pp. V-X (índice), o P. MARSHALL, «Parisian psychology», en *AHDLMA*, 1984, pp. 101-193 (132-193).

<sup>56</sup> E. GARIN, «La cultura fiorentina...», *loc. cit.*, p. 195.

escuela trabajaban sobre manuales de retórica clásica, el *De inventione* y la *Rhetorica ad Herennium*, pero también sobre un «vasto corpo de precetti, modelli e formulari ad uso pratico che forniva un' adeguata preparazione per redigere documenti, lettere e discorsi e che va sotto il nome di *ars notaria, ars dictaminis e ars arengandi*»<sup>57</sup>. En la urgencia de dar con *modelli* más perfectos, curiales y docentes, espoleados por el papel fundamental que jugaban en la sociedad, reconocieron pronto el tesoro inagotable que ofrecían los autores clásicos. De aquí, sólo unos años bastarían para que un juez y un notario de Padua, investigando olvidados anaqueles de la catedral de Verona o del monasterio de Pomposa, dieran con hallazgos tan extraordinarios como los versos de Catulo o las tragedias de Séneca<sup>58</sup>. Son los primeros tanteos del humanismo italiano, que durante siglo y medio contará sus más ilustres nombres entre maestros de retórica y gentes de cancillería.

Es fácil entrever el escaso interés que ofrecía a maestros y alumnos de la Italia *comunale*, inmersos en la vida civil de las ciudades, aquella bárbara escolástica enfrascada en distinguir sutilezas y resolver cuestiones inútiles tanto para la vida pública como para la vida íntima de cada individuo<sup>59</sup>.

Desde niño Petrarca respiró el ambiente de una clase social cada vez más interesada por todo cuanto hacía referencia a la Antigüedad<sup>60</sup>. Ser Petrarco di Parenzo, padre de Francesco, «valente huomo, activo et assai prudente»<sup>61</sup>, era notario como su padre y su abuelo. Desde 1312 desempeña su oficio en Aviñón, nueva sede papal, bajo la protección del cardenal Niccolò da Prato y más tarde de Napoleone Orsini. Ser Petrarco, ante las dificultades de hallar alojamiento en Aviñón, envía a su mujer y a sus hijos, Francesco y Gerardo, a la pequeña ciudad de Carpentras, donde el mozo Francesco recibe los rudimentos básicos de la enseñan-

<sup>57</sup> P. O. KRISTELLER, «Umanesimo e scolastica a Padova fino al Petrarca», en *Studies in Renaissance thought and letters*, IV, Roma, Edizioni di Storia e Letteratura, 1996, p. 14.

<sup>58</sup> Para la relación de Petrarca con Catulo, vid. G. BILLANOVICH, «Il Catullo della cattedrale di Verona», en *Scire litteras. Forschungen zum mittelalterlichen Geistesleben*, Munich, 1988, pp. 35-57.

<sup>59</sup> Claro que hubieron interesados en la filosofía escolástica que no dejaron de asistir a las aulas de París, como Marsilio de Padua, y que ocuparon «un posto di mezzo tra la cultura umanistica e scientifica» (P. O. KRISTELLER, *art. cit.*, p. 24), pero sin duda fueron los menos. Cf. A. POPPI, *Introduzione all'aristotelismo padovano*, ed. cit., p. 20. Sobre su *Defensor pacis*, vid. SATURNINO ÁLVAREZ TURIENZO, «La edad Media», en *Historia de la ética*, I: *De los griegos al Renacimiento*, ed. V. Camps, Crítica, Barcelona, 1988, pp. 464-467.

<sup>60</sup> Para la vida Petrarca, vid. las referencias recogidas por CARLOS YARZA en la Nota bibliográfica de su muy útil «Vida de Petrarca», en P. *Obras*, I: *Prosa*, pp. LXXXIV-LXXXV. Vid. también, U. DOTTI, *Vita di Petrarca*, Bari, 1987; K. Foster, *op. cit.*, pp. 15-40.

<sup>61</sup> LEONARDO BRUNI, *Vita del Petrarca*, en *Opere letterarie e politiche*, a cura di Paolo Viti, Unione Tipografico-Editrice Torinese, 1996, p. 553.

za, un poco de gramática, de dialéctica y de retórica <sup>62</sup>, de la mano de Convevole da Prato, un maestro toscano exiliado al que Francesco ayudará años después al verse aquel en dificultades económicas. No hay duda de que la dialéctica que le enseñó Convevole, nada tenía que ver con las sofisticadas construcciones de la escolástica contemporánea <sup>63</sup>.

En 1316 su padre le envía a Montpellier para que realice estudios de Derecho, que en 1320 continuará en la ciudad de Boloña, pero el joven Francesco parece más interesado en la lectura de los clásicos que en el estudio de las leyes. Aprovecha cualquier interrupción de las clases para procurarse libros, que compraba o copiaba para su biblioteca —con los años, una de las más importantes en fondo clásico—. Así, por ejemplo, en 1325, durante una estancia en Aviñón se hace con las *Etimologías* de San Isidoro, *La ciudad de Dios* de San Agustín, las Epístolas de San Pablo y los poemas de Virgilio, todos ellos regalo de Ser Petrarco, que participó en el diseño del impecable código virgiliano (hoy en la restaurada biblioteca Ambrosiana de Milán) <sup>64</sup>. Un año después, la muerte del padre obliga el regreso de Petrarca a la ciudad papal, abandonando Boloña y una carrera que no podía satisfacer sus intereses filológicos <sup>65</sup>. En el periodo que va de 1326 a 1329, con apenas veinticinco años, Petrarca inicia la restauración de los *Ab Urbe condita* de Tito Livio, verdadera edición crítica de las Décadas I, III y IV, compiladas a partir de un riguroso cotejo de las fuentes conocidas en la época. Pero también aquí recibió préstamos inestimables de canónigos interesados por las letras clásicas, manuscritos a los que le habría sido muy difícil acceder de

<sup>62</sup> «Namque hoc tempore Carpenteras, civitas parva et illi ad orientem proxima, quadrienio integro me habuit; inque his duabus aliquantulum gramatice dyaletice ac rethorice, quantum etas potuit, didici» (*Posteritati*, en *Prose*, p. 8. Vid. también, *Seniles*, X, II, en *Prose*, p. 1.094).

<sup>63</sup> Hecho que confirma el juicio de Étienne Gilson al juzgarlo limpio de escolástica, pero que no implica las consecuencias que de esta circunstancia deduce el ilustre historiador, afirmando que no «reaccionó contra ella», como si «jamás hubiera existido tal escuela», y que su polémica contra los dialécticos y el contagioso logicismo de sus métodos no era uno de los temas «inmediatamente universalizables en la Europa culta del siglo XIV». Abreviar la polémica contra los *moderni* en una «divertida indignación», sólo indica la perspectiva algo imprecisa desde la cual juzgaba Gilson los textos críticos de Petrarca, sin menoscabo de sus muchos aciertos (v.gr., los matices en la crítica de Petrarca a los aristotélicos). Vid. *La filosofía en la Edad Media*, ed. cit., pp. 668 y 670, y el comentario de GARIN en *Rinascite e rivoluzioni*, ed. cit., pp. 78-79.

<sup>64</sup> Vid. G. BILLANOVICH, «Dalle prime alle ultime letture del Petrarca», en *Il Petrarca ad Arquà. Atti del Convegno di Studi nel VI Centenario*, pp. 15-16

<sup>65</sup> La muerte del padre debió colaborar (si puede decirse así) en el abandono definitivo de la carrera, hecho que le permitió entregarse a los *Ab urbe condita* ya en ese mismo 1326. Claro que Petrarca ofrece otras razones, maduras *post eventum*, según las cuales abandonó las leyes porque las ve corrompidas por la maldad de los hombres (*Posteritati*, en *Prose*, p. 10), o por su «insitus» amor por la soledad (*Familiares*, IV, XVI, 13-14).

no ser por las relaciones trabadas en Aviñón, ciudad en la que confluyeron «personas y elementos decisivos en el aprendizaje de Petrarca»<sup>66</sup>.

Con todo esto sólo aspiro a perfilar el contexto social en el que se desarrollaron los primeros pasos de Petrarca, hasta qué punto los intereses de su estamento le facilitaron el acceso a libros y manuscritos que permitían alimentar su interés por los autores clásicos y, sobre todo, cómo el concepto del lugar que ocupaba la enseñanza en las ciudades italianas, tan cercano al de la Antigüedad, explicaba ya la actitud fundamental del Petrarca maduro contra los modernos (y con ellos gran parte de las ciencias de la época). En definitiva, cómo un rechazo tan consciente y elaborado de una orientación pedagógica, no se erigía en base a meras antipatías personales ni constitufan simples ejercicios de retórica<sup>67</sup>, sino que respondía a una situación histórica particular que actuaba de telón imprescindible en las líneas centrales de su polémica.

## 5. LA POLÉMICA EN SUS TEXTOS

De todas las polémicas que inició o continuó, del conjunto de opiniones críticas sobre aspectos políticos, religiosos o sociales de su tiempo, pocas despertaron tanta pasión en nuestro humanista<sup>68</sup>, signo inequívoco de que

<sup>66</sup> F. RICO, *Introducción a P. Obras I: Prosa*, p. XVIII, donde se destaca el papel fundamental de Aviñón en el desarrollo de las primeras empresas filológicas de Petrarca, «una ciudad en la que Niccolò da Prato, el protector de Ser Petrarco, indujo a Juan XXII, en 1316, a encargar un comentario de Livio al dominico inglés Nicolás Trevet, profesor de teología en Oxford y Londres. Donde Simone da Arezzo, el canónigo de Verona... que había conocido a Albertino Mussato, puso en manos de Francesco una preciosa aportación italiana. Donde LANDOLFO COLONNA, *protonobilissimus romanus* (de la estirpe a que Petrarca iba a servir desde 1330), canónigo de Chartres, le daba acceso a una joya de las bibliotecas francesas. Donde Raimondo Subirani, procurador del Rey de Inglaterra, discutía con el hijo de su colega Ser Petrarco acerca de Tito Livio».

<sup>67</sup> En estos términos resume P. O. Kristeller la crítica de Petrarca y Leonardo Bruni a los lógicos del XIV y XV. Vid, por ejemplo, *El pensamiento renacentista y sus fuentes*, ed. cit., pp. 142-143, o «Il Petrarca, l'umanesimo e la scolastica», en *LJ*, VII (1955), pp. 367-383 (vid. también n. 110).

<sup>68</sup> Incluso una de las escasas «inconsecuencias» deslizadas en el *Secretum* parece explicable por ese mismo ardor. Vid. F. RICO, *Lectura del «Secretum»*, p. 87, n.117, donde cita otro testimonio de la irritación que despertaba en Petrarca el hablar sobre los dialécticos (*Familiares*, XVI, XIV, 13). Rico ha despejado cualquier duda sobre la posibilidad de habérmolas con una interpolación, señalando que tanto líneas anteriores como otras pertenecientes a la supuesta interpolación (pp. 48 y 52) «responden a una inspiración del *De Philosophie consolatione*, I, pr. 6, 14-15», con lo cual, «hubieron de surgir ... con el modelo igualmente vivo en el espíritu» ( en su art. «Ubi puer, ibi senex»...), *loc. cit.*, p. 187, n. 30). El desliz, con todo, sigue allí, y casi nos obliga a pensar que el autor no repasó (o lo hizo muy por encima) el texto definitivo del pasaje. Lo cual no sería imposible dada la urgencia con la que concluyó el *Secretum* antes de abandonar la Provenza en la primavera de 1353.

allí tropezaban dos concepciones de la vida y del saber profundamente distantes. Una contienda que se rastrea durante casi tres décadas en su prosa, de los *Rerum memorandum fragmenta*, abandonados en 1345, a la última de sus invectivas, *Contra qui maledixit Italie*, y que recibió una especial atención entre los años 1350 y 1353, trienio en el que se registra una mayor afluencia de dialécticos modernos en las aulas italianas.

En la lectura de los textos (escritos o reelaborados *post* 1345) sorprende cómo Petrarca no deja adivinar la menor duda o retroceso en sus opiniones antes de la madurez. Así, no tiene inconveniente en escribir cartas a compañeros ya fallecidos, como es el caso de Tomaso da Caloria, despistando a filólogos y lectores que las suponen escritas muchos años antes. Fracasseti, en su edición del epistolario petrarquesco (1863), no dudaba en fechar una carta con directas críticas a los dialécticos (*Familiars*, I, II) en 1326, lo que ni siquiera vendría a sugerirnos una precoz maduración de su postura frente a los *moderni*, sencillamente porque en el 26 Occam apenas comenzaba a influir con sus enseñanzas. La carta, como demostró Billanovich, se escribió «tra il '50 e il '51»<sup>69</sup>.

Queda para atrevidas hipótesis (que yo no sabría formular) el entrever alguna evolución en su punto de vista sobre el tema. Aquí me limitaré a lo que de cierto conocemos, sus textos, que iré glosando y acercando entre sí, sin atender (en general) a las fechas.

Ya en el aislado retazo que abre la serie de ataques, escrito entre el verano de 1343 y febrero de 1345, damos con un par motivos que no dejará de manejar en años sucesivos:

Quid nunc dices. Domiti, quando philosophia posthabita et neglecta, garrulitatem pro virtutes sectantes omnes se certatim ad dyalecticam transtulerunt, nec pudet in puerilibus senescere sapientie studium professos<sup>70</sup>.

Se impone notar, pues, que tanto el adjetivo «garrulitatem»<sup>71</sup> como el reproche de «in puerilibus senescere» serán habitual recurso de escarmiento.

<sup>69</sup> G. BILLANOVICH, *Petrarca letterato, I: Lo scrittoio del Petrarca*, Edizioni di «Storia e Letteratura», Roma, 1947, p. 48. Otro tanto nos confiesa de la *Familiar* I, XII, que trata de un viejo dialéctico siciliano (del que no sabemos nada), cuando asegura haberla escrito «multos annos» antes de 1353, siendo en realidad escrita en fecha cercana a la *Familiar* I, VII (*Invectiva contra medicum*, III, en *Prose*, p. 652).

<sup>70</sup> *Rerum memorandum*, III, 47, 3. Observaba Garin que «sarebbe importante stabilire se la polemica contro i *senes pueri* fosse presente nel *Secretum* fino dal '42-'43, e in che misura» (*Rinascite e Rivoluzioni*, ed. cit., p. 85) Queda claro que, si bien el *Secretum* tuvo una redacción posterior, la cita de los *Rerum memorandum* mantiene la vigencia de su comentario.

<sup>71</sup> El adjetivo *garrulitas* es muy usado por Petrarca, v.gr. en *Secretum*, p. 52; *Familiars*, I, XII; *Invectiva contra medicum*, III, en *Prose*, p. 652; *De ignorantia*, p. 1.142. Ejemplos medievales en E. R. CURTIUS, *op. cit.* p. 632 y 665.

La imagen del viejo ocupado en cosas de niños viene de antiguo <sup>72</sup>. Pero en las varias posibilidades expresivas que Petrarca encuentra al tópicico, parece tener como punto de partida los «senes pueri» que Calcidio, remontándose a Aristóteles, cita en su comentario al *Timeo* platónico <sup>73</sup>. El manuscrito fue adquirido y estudiado en los meses dedicados a los *Rerum memorandum libri*, estudio que se reanudó «agli anni '50 - o comunque agli anni immediatamente succesivi al 1350», fechas que coinciden nuevamente con la aparición del tópicico <sup>74</sup>.

Ni que decir tiene que las tales «puerilibus» no son otras que las disputas dialécticas. Lo precisa en el *Secretum*:

Ista quidem dyalecticorum garrulitas ... diffinitionum huiuscemodi compendiis scatet et immortalium litigiorum materia gloriaur: ... Quid, obliti rerum, inter verba senescitis, atque inter pueriles ineptias albicantibus comis et rugosa fronte versamini? <sup>75</sup>

Poco de ejercicio retórico y sí una precisa síntesis de la perspectiva del saber que por entonces reinaba en la escolástica. En la exhaustiva especulación sobre los *verba* se les escapaban todas las *res*. Años más tarde parece delatar en sus cuatro amigos venecianos rastros de idéntica costumbre, al recordar que «quicquid dicerem sic excipere» <sup>76</sup>.

De lo que se trata, pensaba Petrarca, es de implicarse en lo que se estudia, de leer penetrando el sentido de los *verba* con las *res* cercanas, y no de trabajar mecánicamente. Buen ejemplo de tal actitud la encontramos en su interpretación de un pasaje virgiliano (*Eneida*, I, 58-59):

Per terras enim, quid nisi terrenam corporis materiam; per maria quid nisi humorem quo vivitur, per celum vero profundum,

<sup>72</sup> El reproche de actitudes infantiles en los adultos está ya en la *Odissea* (I, 297; IV, 31). Para la imagen del viejo enfrascado en niñerías vid. por ejemplo, TEOFRASTO, *Caracteres*, XXVII, o Valerio Máximo, V, 4. Vives, en *Linguae, latinae exercitatio*, XIX, criticará los «ancianos que son dos veces niños», y recordará el «puer centum annorum» (Isafas, LXV, 20; XX) que ya escribía Petrarca en *Invective contra medicum*, III, en *Prose*, p. 680. En nuestras letras, *Quijote*, II, 48.

<sup>73</sup> «Hos Aristoteles 'senes pueros' vocat, quod mens eorum a mente puerili minime differat», CALCIDIO, *Sobre el «Timeo»*, CCIX (Arist. *Protrept.* fr. 17). La expresión aparece literal en *Familiares*, I, VII, 18 y en *Invectiva contra medicum*, IV, p. 944. E. GARIN, «La dialéctica desde...», *loc. cit.*, p. 152 n. 36, cita ejemplos contemporáneos a Petrarca del uso de la idea de «senescere puerilibus», en idéntico contexto de crítica a los dialécticos. No menos importancia tuvo el «elementarius senex» de Séneca (*Ad Lucilium*, XXXVI, 4), giro usado en *Familiares*, I, VII, 17, y XII, III, 19; o en *Invective contra medicum*, III, en *Prose*, p. 680.

<sup>74</sup> SEBASTIANO GENTILE, «Le postille del Petrarca al *Timeo* latino», *loc. cit.*, p. 131. Gentile no menciona ninguna glosa o señal de Petrarca al pasaje citado en la nota anterior.

<sup>75</sup> *Secretum*, p. 52.

<sup>76</sup> *De ignorantia*, p. 1.060.

quid nisi interiore loco habitantem animam dedit intellegi, ... quasi diceret corpus atque animam et breviter totum hominem cui dominabuntur, in precipitium agent<sup>77</sup>.

Del mito al *logos*, y por aquí toda una actitud ante las obras clásicas: Agustín celebra «la *enarratio* de Francesco y corrobora la licitud de buscar sentidos moralmente valiosos a un texto quizás escrito por el autor con otras miras»<sup>78</sup>.

Merced al ejercicio de la filología, del cotejo de textos de distintas épocas al esfuerzo por apreciar el sentido propio de términos según los contextos, Petrarca tendría desde joven una fuerte conciencia de la historicidad del lenguaje. Curado de cualquier dogmatismo sobre el valor inherente de las palabras, se confesará un «mercator inops literarum»<sup>79</sup>, que entiende el lenguaje como instrumento de comunicación, consciente de la naturaleza voluble de los términos. Así, si «mutantur verba» y «manent res», lógico pensar que «in quibus scientie fundate sunt»<sup>80</sup>. Claro que para acceder a las *res* (y con ellas a la filosofía) deben antes conocerse los *verba*, son indispensables las artes del *trivium*. Pero estas son «transitus» hacia el saber, no «terminus»<sup>81</sup>. Parte fundamental de su polémica se construye en base a las implicaciones de este juicio.

A Zanobi da Strada, maestro de gramática, le aconseja «ut scolis grammaticae dimissis», en favor de más altas aspiraciones: «Nec grammatica nec septem ulla liberalium digna est in qua nobile senescat ingeniu»<sup>82</sup>.

El tono sosegado de una carta amistosa desaparece cuando idéntica reflexión se aplica al médico avignonense:

Verum scio quid ei, quid ceteris liberalibus artibus dandum sit; didici a philosophis nullam earum valde suspicere. Equidem, ut eas didicisse laudabile, sic in eisdem senescere puerile est. ... Vilem tibi metam, dyalecticam, statuisti<sup>83</sup>.

<sup>77</sup> *Secretum*, p. 124.

<sup>78</sup> F. RICO, *Lectura del «Secretum»*, p. 239, n. 364. Volveré sobre todo esto más abajo.

<sup>79</sup> *De ignorantia*, p. 1.080.

<sup>80</sup> *Invective contra medicum*, III, en *Prose*, p. 658.

<sup>81</sup> *Familiares*, XII, III, 19.

<sup>82</sup> *Ibidem*, 18.

<sup>83</sup> *Invective contra medicum*, II, pp. 876 y 880. Petrarca, irónicamente, le anticipa que no comprenderá sus razonamientos aun siendo la lógica y la filosofía dominios del médico (*Invective contra medicum*, IV, p. 958) Con claridad se advierte que la crítica no recae sobre las disciplinas, sino en los métodos y el espíritu que los anima. Otro tanto nos muestra lo que dice de los silogismos de un viejo dialéctico: «iam se non dyalectico modo, sed freneticum ostendit» (*Familiares*, I, XII, 4).

Quienes no van más allá de las «*dyaletice scholas*»<sup>84</sup>, se condenan no sólo a pasar la vida entre «*puerilibis*», sino a quedarse sin acceso a la filosofía. No aquella filosofía «*loquacem, scholasticam, ventosam*», sino la verdadera filosofía, que habita no tanto «*in libris*» como «*in animis*», y que «sana el espíritu, expulsa las vanas inquietudes, libera de los deseos, aleja los temores»<sup>85</sup>.

Que Petrarca no deje de elogiar a la gramática, la dialéctica o la medicina en un contexto tan ferozmente crítico, no prueba sino la precisa individualización del objetivo contra el que arremete<sup>86</sup>. Es probable que cuando pensara en la dialéctica recordara la que *Convenevole da Prato* le había enseñado de mozo. Pero también el respeto que por ella sentían Cicerón o San Agustín debió confirmarle en su opinión favorable<sup>87</sup>. Séneca también, pero menos. No creo arbitrario que en la carta más importante que dedica a la polémica, de los autores clásicos a los que podía arrimarse escoja a los estoicos de la mano de Cicerón.

'Ergo' inquiunt, 'dyalecticam tu condemnas?' Absit; scio enim quantum illi Stoici tribuant, secta philosophorum fortis et mascula; cuius, cum sepe alias, tum in libro *De finibus* Cicero noster meminit; scio quod una liberalium est et gradus ad alta nitentibus interque philosophorum dumeta gradientibus non inutilis armatura. Excitat intellectum, signat veri viam, monstrat vitare fallacias; denique, si nichil aliud, promptos et perargutulos facit<sup>88</sup>.

Petrarca remite al libro donde se encuentra el juicio estoico sobre la dialéctica y desarrolla su opinión entremezclando formulaciones de su

<sup>84</sup> *Familiares*, I VII, 15.

<sup>85</sup> «Medetur animis, inanes solitudines detrahit, cupiditatibus liberat, pellit timores» (*Familiares*, XII, III, 10-11; es cita de CICERÓN, *Tusculanas*, II, IV, 11). También en el prólogo a *De Remediis*, I, II contrapone la filosofía de la escolástica a la filosofía que «ad salutem pergit». Cf. *Invective contra medicum*, II, p. 886.

<sup>86</sup> De la gramática se pregunta si hay algo «tam utile... quam ipasarum literarum prima cognitio» (*Familiares*, I, VII, 17). De la dialéctica dirá que no está falto de ella, («non hac careo»), *Invective contra medicum*, II, p. 876; vid. también p. 830. De la medicina, «non artificium sed artifices improbavi, eosque non omnes, sed procaces atque discordes», delimitación que no convence a Mario Martelli en su impecable *Introduzione*, pues considera que para Petrarca «i medici in blocco (salvo rarissime eccezioni, puntualmente da identificare con suoi devoti o con suoi ammiratori) sono indegni di essere ascoltati» (Petrarca: psicología e stile, p. XVI). Vid. también, en la misma invectiva, págs. 822, 832, 834, 844, 846, etc.

<sup>87</sup> Por ejemplo, de CICERÓN, *Tusculanae*, I, XIV; V, XXIV-XXV; *Orator*, IV, 113-118 (otras en la nota siguiente); Quintiliano, *Institutio oratoria* XII, II, 10; San Agustín, *Contra Academicos*, III, XIII, 29.

<sup>88</sup> *Familiares*, I, VII, 13-14. Sobre la dialéctica en el *De finibus*, II, 17-18; III, 72 (en el que debía pensar Petrarca); y IV, 8-10.

cosecha con ideas de cuño tradicional<sup>89</sup>. Decía que no creo arbitraria la elección de Cicerón y los estoicos como *auctoritas* en su defensa de la dialéctica, cuando en Séneca encontraba frases análogas donde se la define, en el marco de las partes de la filosofía, como el estudio de las a palabras y sus sentidos<sup>90</sup>. Y digo Séneca antes que otro porque de él más que de nadie toma prestados giros e ideas para sus escritos. En la carta, un poco antes recordaba Petrarca las burlas de Séneca y Cicerón hacia las sutilezas de los dialécticos, lo que nos confirma que tenía al alcance como *auctoritas* para el pasaje citado arriba, tanto a uno como al otro. Pero será Cicerón el elegido, mientras que a Séneca le reservará una cita para los *senes pueri*<sup>91</sup>. Tal vez consideraba que apoyarse en un autor del que proceden las más agrias censuras contra las sofisterías de la dialéctica no confería fuerza a su defensa<sup>92</sup>. Tal vez fuera sólo el prurito de ostentar erudición, el gesto que le llevó al pasaje de Tulio sobre los estoicos en vez de acudir directamente al más famoso de esta escuela filosófica. O tal vez —y por aquí va mi conjetura— Petrarca distinguía en Séneca marcadas líneas de heterodoxia respecto a los estoicos, entre las cuales estaba el columpiarse entre una mera aceptación y un rechazo virulento de la dialéctica<sup>93</sup>.

<sup>89</sup> La dialéctica como herramienta para discernir la verdad del error (I, VII, 13) es definición tradicional que Petrarca no necesitaba leer en el *De finibus* (donde, en efecto, aparece en III, 72) para escribir este pasaje. La encontramos en DIÓGENES LAERCIO, *Vidas de filósofos*, VII, 41, 42, 46, 62. A la Edad Media debió transmitirla San Isidoro (*Etimologías*, XXII, 1). Sólo que en la Edad Media, la definición se aplicará a la lógica o a la dialéctica según el autor (vid. arriba, n. 39). La recuerda, por ejemplo, J. DE SALISBURY, en el *Metalogicon* (II, II, 858d, en *PL*, 199); E. DESCHAMPS en *L'art de dictier*, y en nuestras letras, ALFONSO DE LA TORRE, en la *Visión delectable* (*BAE*, XXXVI, p. 344a), LOPE DE VEGA, *Arcadia*, V (Castalia, p. 410); o la def. que trae Covarrubias.

<sup>90</sup> *Ad Lucilium*, LXXXIX, 17.

<sup>91</sup> *Familiares*, I, VII, 18. Ya lo señalaba A. Bobbio: «si varrà dell'autorità di Cicerone e di Seneca, togliendo a quest' ultimo qualche reminiscenza di immagine nel disprezzare il suo avversario» (*Bibliofilia*, 1941, p. 237).

<sup>92</sup> *Ad Lucilium*, XLV, 5-13; XLVIII, 5-8, 10-12; XLIX, 6-9; LXXXII; CII, 20; CVIII, 12; CIX, 17; CXI; *De Ben.*, I, 4 y III, 8.

<sup>93</sup> «Su más estridente heterodoxia fue despreciar la Lógica» (J. C. GARCÍA BORRÓN, «Los estoicos», en *Historia de la ética*, 1: *De los griegos al Renacimiento*, ed. cit., p. 236 —recordar que los estoicos solían identificar lógica con dialéctica, vid. *Antología de los primeros estoicos griegos*, Akal, 1991, pp. 35-37). Lo mismo dice Jesús Mosterín en su *Historia de la filosofía*, vol. 5; *El pensamiento clásico tardío*, Alianza, Madrid, 1994 p. 240. H.-I. Marrou, en la clasificación de las artes liberales que rastrea en varios autores, propone las siguientes para Séneca: «gramática, música, geometría, aritmética, astronomía», excluyendo a la dialéctica y la retórica (*Saint Agustin et la fin de la culture antique*, París, 1938, pp. 216-217, citado por E. GARIN, *La educación en Europa*, ed. cit., pp. 39-40, n. 12). Por todo esto no acabo de ver acertada la *notatio ad locum* de Ugo Dotti en su ejemplar edición de las *Familiares*, al considerar que «sulla pagina petrarchesca» hay una velada referencia a la *epistola ad Lucilium* LXXXIX, 9, 17, al hablar Petrarca de la «secta fuerte y viril» de los estoicos.

Si advirtió las diferencias de matiz entre el concepto del *sapiens* estoico, inclinado a la *apatheia*, y el de Séneca, un *vir fortis* que sufre el dolor y lo vence<sup>94</sup>, es fácil suponer que no se le escaparon en lo que afecta a la dialéctica.

Petrarca nunca recurrió (en lo que alcanzo) al testimonio de Séneca para defender la dialéctica. Por todo ello creo probable que lo incluyera entre los «ilustres philosophos» que aseguraba desdeñosos de la dialéctica<sup>95</sup>. O en cualquier caso, entre aquellos que le enseñaron a no «suspicere» en exceso la *ars disputandi* y las artes liberales<sup>96</sup>.

De las varias tradiciones que confluyen a configurar algunos trazos de su polémica, una de las más notables es el desprecio de las discusiones prolijas, donde se confiesan habilidades antes que afán de verdad. «Abstine te a lite, et minues peccata» rezaba el Eclesiástico (XXVIII, 10)<sup>97</sup>, ya que, como advierte Salomón: «Verba sunt plurima, multamque in disputando habentia vanitatem» (Eclesiastés, VI, 11)<sup>98</sup>. Con todo, la *pagina divina* también ofrecía reglas para la discusión, y de ellas se hace eco nuestro autor<sup>99</sup>.

No hay duda que las discusiones son saludables, se diría Petrarca, pues una bien llevada *disputatio dialectica*, siempre agudiza el ingenio, nos ayuda a diferenciar la verdad del error, y puede además ejercitarnos en el arte de la elocuencia, acercando posiciones que en un principio se apuntaban inconciliables. Nada que ver con el «disputandi ardor» de esas sectas que no desean la verdad («non veri querendi»)<sup>100</sup>.

Al escribir la ya citada carta a Tomaso da Caloria, Petrarca tenía fresca la lectura de Quintiliano, en cuyos márgenes había señalado «approvazioni frequenti alle invettive di quel classico contro i dialettici»<sup>101</sup>:

<sup>94</sup> Vid. F. RICO, *Lectura del «Secretum»*, pp. 155-156 y pp.165-167 (un botón de muestra en *Familiares*, I, I, 44).

<sup>95</sup> *Invective contra medicum*, II, p. 876.

<sup>96</sup> *Ibidem*. A título de anécdota, señalar que incluso para quien conociera el original del *De finibus* (que Petrarca tenía desde 1343), el pasaje de Cicerón en el que pensaba el humanista (III, 72) regalaba, seguida de la alabanza estoica a la dialéctica, una defensa de la física, otro de los frentes de batalla de Petrarca (vid. n. 109).

<sup>97</sup> Citado en *Familiares*, XIX, XVIII, 13-14.

<sup>98</sup> La cita Petrarca en el *De ignorantia*, p. 1.096.

<sup>99</sup> Proverbios, XXVI, 4-5, citados en *Invective contra medicum*, III, en *Prose*, p. 678.

<sup>100</sup> *De otio religioso*, II, p. 790. Cf. CICERÓN, *De oratore*, I, XI, 47; SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei*, IX, V, y XIV, IX; *Contra Academicos*, II, IX, 22. Otro tanto apostillaba en el *De Vera religione* de SAN AGUSTÍN: «Contra disputantes ad ostentationem scientie potius quam ad inquisitionem veri» (F. RICO, «Petrarca y el De vera religione», *loc. cit.*, p. 329). En *Seniles*, XII, II, dirá de los modernos: «qui nec loqui sciunt nisi disputent, nec disputare possunt quia nesciunt...» (p. 1.008); en el *Secretum*, pp. 38, 42 y 104-106. Una de las críticas que Petrarca dirige a los médicos no es otra que su gusto por las discusiones; el objetivo de tales disputas lo señala en *Familiares*, V, XIX, 3, al arrimo de Plinio *Nat.*, XXIX, V, 11. Cf. también, *Invective contra medicum*, I, págs. 820, 822, 824, etc.

<sup>101</sup> G. BILLANOVICH, *Petrarca leterato*, ed. cit., p. 49n; vid. M. A. LANZILLOTTA, *Le postille del Petrarca a Quintiliano*, loc. cit., notas, 6, 825, 1555, 1583.

Cum his, ut dixi, suo more contendere temerarium est, quippe qui summam voluptatem ex contentione percipiunt, quibus non verum invenire propositum est, sed altercari. Atqui Varronis proverbium est: «Nimium altercando veritas amittitur». Noli autem trepidare ne in apertum sc[r]ipture solidique colloqui campum descendant; hi sunt enim, de quibus Quintilianus inter Institutiones oratorias loquebatur: «Quos reperias in disputando mire callidos, cum ab illa cavillatione discesserint, non magis sufficere in aliquo graviore actu quam parva quedam animalia, que, in angustiis mobilia, campo deprehenduntur»<sup>102</sup>.

Y si estas interminables discusiones, construidas en «quaestiunculas» y resueltas en «conclusiunculas»<sup>103</sup>, ya le irritaban, solo faltaba que su lenguaje fuera el más áspero y frío de los posibles. Cuando una idea es obsesiva, todo reflexión puede encaminarse hacia ella. Sólo así se explica que de un pasaje ciceroniano sobre la Divina Providencia, Petrarca le exprema un pretexto tan contemporáneo como este:

Idque velut manu lingue oculis hominum ingerendo, nisi ut auctore ac factore rerum cognito, puderet viros ingeniosos, a fonte vere felicitatis aversos, per opinionum devia vanis atque aridis cogitatibus circumvolvi?<sup>104</sup>

Un lenguaje austero y desfigurado por abstracciones que ya no dice nada al hombre, que no ofrece ni ejemplos ni consejos en los que ver reflejadas sus angustias, sus pasiones, sus anhelos. El pasaje es ejemplo precioso de cómo se articula en su obra el esfuerzo por poner en curso el legado de la Antigüedad.

Petrarca observó cómo del afán por discutir derivaba una complicación de los argumentos, encerrando las *dialectica disputatio* en una jerga incomprensible, privilegio de especialistas, muchos de los cuales quedaron prendados del virtuosismo que llegaban a exhibir al poner en marcha

<sup>102</sup> *Familiares*, I, VII, 3-4. El «proverbium» viene de MACROBIO, *Saturnales*, II, VII, 1 (para el problema de la atribución a Varrón, cf. F. Rico, *Lectura del «Secretum»*, p. 77, n.85); la cita de QUINTILIANO, *Institutio oratoria*, XII, II, 14.

<sup>103</sup> Son términos acuñados por Séneca (v.gr., en *Epistolae ad Lucilium*, CXI, 2) y Cicerón (*Tusculanas*, II, 42). El diminutivo sugiere el carácter sofisticado de los razonamientos. Para las «quaestiunculas», *Familiares*, I, II, 18, donde también aparecen los términos «altercationibus» y «cavillationibus», éste último usado por Cicerón (Séneca, *Ad Lucilium*, CXI, 1-2); Las «conclusiunculas», en *Familiares*, I, VII, 10; X, V, 9; *Invective contra medicum*, II, p. 880.

<sup>104</sup> *De ignorantia*, p. 1.080. El pasaje de Cicerón que acababa de citar, en *Tusculanas*, II, XXXVIII, 96-98.

aquel «autonomo meccanismo di segni e di combinazioni logiche»<sup>105</sup>. En el desprecio del gusto por la discusión y del estéril tecnicismo, Petrarca era consciente de minar uno de los pilares de la baja escolástica.

Reunida erudición y elocuencia, hacia 1367 redactaba la más briosa sentencia al saber contemporáneo, donde son diáfanas las alusiones a los bárbaros modernos:

Sane in hac tanta scientie inopia, ubi implumes alas vento aperit humana superbia, quam frequentes et quam duri scopuli! quot quamque ridicule philosophantium vanitates! quanta opinionum contrarietas, quanta pertinacia, quanta protervia! qui sectarum numerus, que differentie, quenam bella, quanta rerum ambiguitas, que verborum perplexitas! quam profunde, quamque inaccesibiles veri latebre, quot insidie sophistarum omni studio veri iter vepribus ceu quibusdam obstruentium, ut nequeat internosci quis illuc rector trames ferat! Quam ob causam Cato maior, ut novimus, pellendum censuit urbe Carneadem. Quenam postremo hec inter hinc temeritas, hinc diffidentia maximorum hominum et desperatio quedam apprehendende veritatis!<sup>106</sup>

El joven que sube educado entre tales sofisterías, acaba encontrando natural una forma de pensar abigarrada, incluso puede tentarle el cifrar la profundidad de un pensamiento en lo aparatoso y desabrido de su expresión. En el lento avance por la selva de términos escolásticos se distanciará de sí mismo, apagando toda necesidad de introspección<sup>107</sup>. Con los años aquel joven alumno, descuidada su vida íntima, colocará toda su felicidad en resolver un problema matemático, en conocer el curso de los astros, la virtud de las hierbas o en vencer al rival en una *disputatio*:

Quem michi poetam dabis qui non prius eligat vita claudicare quam carmine? quem historicum qui, cum res omnium seculorum literis memorieque mandaverit, ... quid ipse agat rerumque suarum ordinem viteque brevis reddere rationem velir aut valeat? ... Ostende michi rethoricum qui non magis orationis de-

<sup>105</sup> C. VASOLI, *Studi sulla cultura del Rinascimento*, ed. cit., p. 33.

<sup>106</sup> *De ignorantia*, pp. 1138-1140. Catón adujo como razón que cuando Carneades hablaba, era difícil distinguir las cosas ciertas de las falsas. Vid *Familiares*, XXII, II, 6-7. A Petrarca le gustaba recordar la anécdota: «Carneade vidi in suo' studi sì desto /che, parlando egli, il vero e 'l falso a pena /si discernea, così nel dir fu presto» (*Trionfo della Fama*, III, 97-99).

<sup>107</sup> Las consecuencias son claras «Doctus fieri non potest, nisi qui se noverit atque oderit ignorantem» (*Invective contra medicum*, III, en *Prose*, p. 678).

formitatem horreat quam vite; ostende dyalecticum qui non ab affectibus propriis quam ab adversarii conclusiuncula vinci malit. Sileo arhythmeticos ac geometras, qui omnia numerant, omnia metiuntur, unius anime numeros ac mensuras negligunt<sup>108</sup>.

El tema es conocido, pero no tanto el tratamiento que le dispensa. En efecto, Petrarca no se limita al gesto de trocar el  $\gamma\omega\theta\iota\ \sigma\epsilon\ \alpha\upsilon\tau\omicron\nu\omicron$  delfico en crítica de los estudios científicos<sup>109</sup>, pues el tópico se aplica sin reparos a estudios que le tocaban de cerca, definitorios de los *studia humanitatis*, como la historia, la retórica o la poesía. De lo que habla Petrarca es de hacer converger todas las ramas del saber hacia el hombre, a la manera de su querido Cicerón («omnes artes quae ad humanitatem pertinent habent quoddam comune uinclum», *Pro Archia*, I, II), perfilándonos el proyecto educativo que décadas más tarde Guarino Veronese o Vittorino da Feltre ensayarían en sus escuelas<sup>110</sup>.

Retomando el hilo de la crítica a las sutilezas dialécticas y a su lenguaje austero, es fácil sospechar cuál era el reverso de aquel desprecio: la necesidad de la *eloquentia*<sup>111</sup>. A Francesco le encantaba aquella anécdota de Augusto narrada por Suetonio, según la cual el emperador, ducho en la elocuencia, no sólo llevaba escritas todas sus intervenciones en el senado, las asambleas o el ejército, sino también las que sostenía con sus amigos o incluso con su esposa Livia, cuando eran importantes<sup>112</sup>.

<sup>108</sup> *Familiares*, XVI, XIV, 9-10.

<sup>109</sup> Como sí ocurre en otros pasajes de su obra, v.gr., en el *De ignorantia*, p. 1.038, o en *Familiares*, III, I, 15. De estos y otros ejemplos se ocupa RICO en *Lectura del «Secretum»*, p. 136 y n. 50 con abundante bibliografía.

<sup>110</sup> El texto de Petrarca nos advierte de cuán desencaminados van ciertos juicios de Kristeller sobre la polémica humanística («propaganda ruidosa») contra la ciencia medieval. En efecto, no se trataba de una mera disputa entre facultades, ya que el proyecto aspiraba a una reforma, tanto en métodos como en objetivos, de todas las disciplinas. Este intento de circunscribir la influencia del humanismo a concretos «departamentos del saber», se contradice con los testimonios escritos de las enseñanzas impartidas en física, lógica o dialéctica por Guarino Veronese («a cuya escuela acudió toda Europa») y otros maestros, además de las disciplinas más propiamente humanísticas (Vid. E. GARIN, *La educación en Europa, 1400-1600*, ed. cit., pp. 104-105 y todo el capítulo 4). Ciertamente que en líneas generales los contenidos de los *studia humanitatis* acabaron siendo la retórica, la poesía, la historia o la filosofía moral (P. O. KRISTELLER, *El pensamiento renacentista y sus fuentes*, ed. cit., p. 126), pero este hecho no debe ocultarnos que durante décadas la perspectiva de Petrarca reflejada en el texto citado fue compartida por aquellos que más alentaron el «sueño del humanismo» (feliz acuñación de F. Rico). Se trataba, en efecto, de un «proyecto cuya misma imprecisión de utopía aseguraba su fertilidad» (F. RICO, *op. cit.*, p. 27), pero incluso en su calidad de bosquejo ideal, ignorarlo supone traicionar la razón misma del humanismo. Para la opinión de Kristeller, vid. arriba n. 67.

<sup>111</sup> Elocuencia que él confesará no poseer, v.gr. en *Posteritati*, p. 6 o *Familiares*, I, I, 15 y 16.

<sup>112</sup> *Vida de Augusto*, II, LXXXIV. La anécdota reaparece en la carta *Posteritati*, p. 6. En el *De ignorantia*, contrastando las dos ocasiones en que aparece mencionada la elocuencia de

Petrarca no pensaba que fuera necesario llegar a tanto <sup>113</sup>. Pero sí tenía claro el papel de la elocuencia en la filosofía <sup>114</sup>, recordando con Séneca que «el discurso es registro del espíritu y el espíritu es guía del discurso» <sup>115</sup>. En el *De ignorantia* le cuenta a Donato que los cuatro jóvenes venecianos no le envidian ni su sabiduría ni su elocuencia.

Non denique scientiam aut eloquentiam, quarum primam penitus nullam michi esse confirmant; altera, siqua esset, apud illos hoc moderno philosophico more contemnitur et quasi literatis viris indigna respuitur. Sic iam sola philosophantis infantia et perplexa balbuties, uni nitens supercilio atque oscitans, ut Cicero vocat, sapientia, in honore est, nec redit ad memoriam Plato eloquentissimus hominum, nec, ut sileam reliquos, dulcis ac suavis sed ab his scaber factus Aristotiles. Sic a suo desciscunt seu deerrant duce <sup>116</sup>.

Palabras como estas facilitan el lugar común de abreviar los contenidos de la crítica humanista a cuestiones de tipo estético, a reproches de estilo.

---

Augusto (pp. 1.060 y 1.096-1.098), se observa una leve incoherencia. En la primera se sorprende («miro») de que un hombre con tantas preocupaciones curara «tam exigue rei», mientras en la segunda esa misma elocuencia es ofrecida como ejemplo a seguir a los desabridos escolásticos. Leve desliz, desde luego, pero significativo de la dóbil actitud que mantuvo toda su vida ante la elocuencia, la crítica o desengañada del *Secretum* y la favorable de las invectivas.

<sup>113</sup> Asegura en varias ocasiones preferir una charla espontánea y relajada con los amigos, por ejemplo, en su bellísima carta a FRANCESCO NELLI, *Familiars*, XVIII, VIII, titulada: «Fidem sufficere in amicorum colloquiis nec querendum stilum». La misma idea en el *De ignorantia*, p. 1.060, y en la carta *Posteritati*, p. 6.

<sup>114</sup> En este caso las analogías entre la crítica a dialécticos y a médicos, que aquí voy emparejando, si eran visibles en lo que afecta al gusto por las disputas (vid. n. 100), desaparecen en lo que atañe a la elocuencia. Precisamente al médico le recomienda que deje «eloquentiam his quorum est propria», siguiendo el consejo de Virgilio que llamaba muda a la medicina, «quoniam muta debe esse, non loquax», y que comience a «medicus esse» (fray Hernando de Talavera subrayará esta crítica al presentar las invectivas escritas «contra un médico rudo y *parlero*», vid. M. VILLAR, *Códices petrarquescos en España*, ed. cit., p. 169). Las diferencias se explican porque la crítica va dirigida a carencias y abusos de ambas disciplinas, no al mero escarmiento. Todo lo cual corrobora la lucidez con la que aborda el tema. Vid. *Invective contra medicum*, III, en *Prose*, págs. 690 y 692. Son páginas donde se distingue claramente el objetivo de la crítica petrarquesca.

<sup>115</sup> *Familiars*, I, VIII, 2.

<sup>116</sup> *De ignorantia*, p. 1.032; para la filiación intelectual de los jóvenes venecianos, cf. P. O. KRISTELLER, «Petrarch's «averroists»», *loc. cit.*, pp. 59-65. El juicio sobre el estilo de Aristóteles pudo leerlo en CICERÓN, *De oratore*, I, I, 49; *Académicos*, II, XXXVIII, 119; o en QUINTILIANO, *Institutio oratoria*, X, I, 83, e iba referido a unos diálogos perdidos de inspiración platónica, no a las obras que nos llegaron del Estagirita. Cf. P. O. KRISTELLER, *Ocho filósofos del Renacimiento italiano*, FCE, Madrid, 1996, p. 23.

Pero la rudeza del estilo escolástico (tanto en textos originales como en traducciones) no es subrayada por la necesidad de elegancias formales, subordinando el contenido a criterios de *elocutio*, sino por faltar en aquél el menor asomo de vida, por estar enredado en abstracciones y ser incapaz de comunicarse fuera de un grupúsculo de especialistas <sup>117</sup>.

Prueba de que apunta más allá de una simple crítica estilística, es el reproche que dirige al admirado Cicerón. Alaba su elocuencia y elegancia expresiva, pero no duda en censurarle que en su libro *De natura deorum*, al hablar de los dioses y de la religión en general, esa misma perfección formal haga resaltar la pobreza de contenido <sup>118</sup>.

La elocuencia, pues, es imprescindible, pero no puede agotar el discurso, antes debe conjugarse con una *sapientia* vertebrada de experiencia y no perder de vista que la Verdad gusta de expresarse con sencillez <sup>119</sup>.

Claro que cuando lo que se pretende es barrer de la enseñanza un hábito de trabajo tan arraigado, el más trivial detalle es válido para el escarmiento. En la invectiva contra Jean de Hesdin, último desvelo en su carrera de escritor *engagé*, donde construye toda su argumentación sobre el desprecio de la barbarie gálica <sup>120</sup> contrapuesta a la gloria latina, nada más comenzar su largo escrito ridiculiza el estilo de su oponente:

Quie, ne parum scolasticus videatur, et capitula et paragraphos et externe longam seriem scripture suis nugis inserit tanto nisu, ut ridiculus labor suus pene omnes qui illas audierunt aut legerunt ... coegerit <sup>121</sup>.

Criticará la prolijidad del francés («multiplicibus verbis») y marcará distancias entre sus formas de ordenar los contenidos <sup>122</sup>. Pero donde Fran-

<sup>117</sup> E. GARIN, *La revolución cultural del Renacimiento*, Crítica, Barcelona, 1981, p. 255. Cf. É. GILSON, *La filosofía en la Edad Media*, ed. cit., p. 673.

<sup>118</sup> *De ignorantia*, p. 1.068. El pasaje debe cotejarse con una carta donde su juicio parece menos rotundo (*Familiares*, XXI, X, 10-13). Vid. *Invectiva contra eum qui maledixit Italie*, p. 1.176; *De ignorantia*, p. 1.060.

<sup>119</sup> Sobre todo porque «quicquid ab ullo vero dicitur, a Deo est» (*Familiares*, XXI, X, 12). Para la exigencia sencillez, vid. *Secretum*, p. 40 y la *notatio ad locum* de RICO en *Lectura del «Secretum»*, pp. 61-63; «Summum enim ingenii et scientie argumentum, claritas», dirá en el *De ignorantia*, p. 1.096. Deben leerse en este contexto las críticas a los teólogos que han convertido la teología en dialéctica («theologia dyalecticam effecisset», *Familiares*, X, V, 8).

<sup>120</sup> La presencia del epíteto «barbarus» se intensifica en la *Invectiva contra eum qui maledixit Italie*. Ante el enfado de Hesdin, su rival en la contienda, por ser llamado *barbarus*, Petrarca le aclara que entonces no está molesto con él sino con «historicis omnibus atque cosmographis», que utilizan el término para referirse a tierras no romanas (p. 1.160). El epíteto acabaría siendo lugar común para resumir toda la cultura medieval.

<sup>121</sup> *Invectiva contra eum qui maledixit Italie*, p. 1.156.

<sup>122</sup> «progredior autem meo quidem, non illius ordine» (p. 1.212).

cesco concreta con lucidez el rasgo más irritante del estilo escolástico, es en la tercera invectiva contra el médico avignonense. El médico que llama a los «libellos» de Petrarca «omelias», recibe un primer toque de atención al corregirle el humanista que la omelia, palabra de origen griego (San Isidoro al canto), en latín venía a significar un discurso dirigido al pueblo («sermo prolatus ad populum»), cosa que Francesco no pretendía «in his literis». En realidad, «ego... ad ignorantiam tuam loquor», con la esperanza de arrancar no su ignorancia, «sed illi superbiam»<sup>123</sup>. Dos líneas después Petrarca dictamina: «O semper scolastice literator, nunquam literatus», ¿acaso alguien escribe como tu? Lee los libros de los filósofos o «interroga qui legerunt» ¿Quién compone «hunc scribendi morem»? Sin duda en las palabras de los filósofos hay una gran fuerza silogística, pero «sillogismus nunquam». Los antiguos, pasada la infancia, «loquuntur ut viri»<sup>124</sup>, sabiendo más eficaz la sutileza disimulada con mano diestra que no la «inaniter ostentata»<sup>125</sup>.

Conviene seguir el latín de Francesco para notar los matices clásicos que aquí se recuperan. En efecto, el *litterator* latino, como el *grammaticista* griego, se ocupaba de la enseñanza elemental, a diferencia del *litteratus* o *grammaticus* al que estaban reservadas más altas empresas, como censurar y juzgar «los textos de todo género»<sup>126</sup>. No a otros se dirige la

<sup>123</sup> Tal vez no resulte ocioso recordar que, según el evangelio, «Initium omnis peccati est superbia» (Eclesiástico, X, 15), y que de Lucifer a los gigantes de los libros de caballerías, en la soberbia va implícita la irreligiosidad. Sobre todo cuando Petrarca ha emparejado en el médico tanto la soberbia como la «impietas» (la soberbia, por ejemplo, en *Invective contra medicum*, III, en *Prose*, p. 690, o en IV, p. 976; para la *impietas*, vid. II, pp. 878-880), y ha acusado a los arrogantes jóvenes venecianos (físicos *moderni*) de razonar con «sophisticis... blasphemis» (*De ignorantia*, p. 1.094). «Sensi superbiam in aliis non in me», dirá en la carta *Posteritati*, p. 4 (Cf. sin embargo, *Secretum*, pp. 80-82). Vid. F. RICO, *Lectura del «Secretum»*, pp. 130-133 y notas. El adjetivo es tan frecuente en sus textos polémicos que hacía inevitable la nota, aunque sea mera conjetura el ver o no en ellos un eco bíblico.

<sup>124</sup> El motivo de conducir el alma «ad maturitatem», llegando a ser «viri», y no «pueri» o «senes», es fundamental en la obra de Petrarca (v.gr., *Familiares*, VIII, IV, 9). Conviene apreciar la reciprocidad entre las exhortaciones íntimas a la madurez y las críticas a la *puerilitas* del dialéctico o médico de turno. Volveré sobre ello en el cap. 6.

<sup>125</sup> *Invective contra medicum*, III, en *Prose*, pp. 680-682.

<sup>126</sup> «At apud antiquos olim tantum auctoritatis hic ordo habuit ut censores essent et iudices scriptorum omnium soli grammatici», A. POLIZIANO, *Lamia* ed. A. Wesseling, Leiden, 1986, pp. 16-17 (citado por F. RICO, *El sueño del humanismo*, ed. cit., p. 77). Los *grammaticus* humanistas, de Ermolao Barbaro a Nebrija, buscaran diferenciar su trabajo de los meros *grammaticistas*. Petrarca respetará el matiz clásico, tanto el de hombre culto; «*litteratos tamen homines amabat*» (*Familiares*, VII, XV, 9), «*multis quoque qui sibi litteratissimi videntur*» (*De vita solitaria*, p. 292), «*cristianus homo literatus videretur*» (*De ignorantia*, p. 1.034), «*Petrum Abelardum, literatum*» (*Invectiva contra eum qui maledixit Italie*, p. 1.190), como el del mero maestro de escuela, a veces con el citado matiz despectivo: «*litteratores nostri superbiunt*» (*Familiares*, XII, III, 10), «*studiosos literarum*» (*Invective contra medicum*, IV, p. 954). Otro ejemplo en n. 138. Vid. F. RICO, *Nebrija frente a los bárbaros*, pp. 52-54, pas-

llamada de Lorenzo Valla al magno combate por recuperar el latín clásico, por restituír *ex interiore* todas las ciencias: «litteratos appello et romanae linguae cultores»<sup>127</sup>. El término latino le viene de perlas a Francesco para trazar una perspicaz analogía entre el aprendizaje de las primeras letras y el de los razonamientos silogísticos, que va encaminada a resolverse, cómo no, en lección contra un estilo que denuncia la «pueritiam» del escritor, incapaz de conjugar sabiamente lógica y filosofía con elocuencia.

En unos y otros, médicos, teólogos o dialécticos, Petrarca reconocía el común denominador de una educación que hacía del «razonamiento lógico y la sofistería nominalista clave inhumana de todos los saberes»<sup>128</sup>. Contra esta concepción de la enseñanza y del saber (y el hábito intelectual y estilístico implicados en ella), versó la más remarcable de sus polémicas, tal vez la que menos necesitaba de su particular coyuntura histórica para mantener una vigencia rastreable durante décadas.

Hemos leído su invitación a la elocuencia, a la sencillez, al discurso calado de experiencia, y sin embargo, nos queda averiguar un poco más de su propio concepto del saber, hacia dónde creía Petrarca que debía encaminarse la erudición. En el *Secretum*, Francesco reacciona muy agitado al ser acusado por Agustín de no haber cultivado la elocuencia sino para acariciar los oídos de los oyentes («aures audientium demulceres») <sup>129</sup>. Su reacción se deja explicar leyendo una carta escrita en fechas no muy lejanas al reproche de Agustín, cuando preceptúa que el estudio debe orientarse «magis ... ad vitam ... quam ad eloquentiam»<sup>130</sup>. De nada sirve componer bellas obras literarias si el escritor es incapaz de mejorarse con ellas en el plano moral. En tal caso, mejor soltar la pluma y aplicarse el consejo de la Razón:

*Gaudium*: Scribo libros.

*Ratio*: Melius fortasse illos legeres, optime autem in vitae regulam lecta converteres. Tunc est utilis notitia literarum, dum in actum transit seque ipsam rebus approbat, non verbis. ... haec omnia nisi ad vitam referantur, quid sunt aliud quam inanis instrumenta iactantiae inutilisque labor ac strepitus?<sup>131</sup>

sim.; E. R. CURTIUS, *op. cit.*, pp. 48, 70, 623, etc. (aunque en ésta última empareja, creo erróneamente, el *gramaticus* con el *litterator*. Se me escapa si hubo alguna tradición medieval que los confundiera).

<sup>127</sup> *In sex libros elegantiarum praefatio*, ed. E. GARIN, *Prosatori latini del Quattrocento*, Milán-Nápoles, 1952, p. 600.

<sup>128</sup> F. RICO, *Nebrija frente a los bárbaros*, ed. cit., p. 16

<sup>129</sup> *Secretum*, p. 192.

<sup>130</sup> *Familiares*, I, III, 4.

<sup>131</sup> *De Remediis*, I, XLIV. Vid. también el precioso capítulo I, XLIII.

Pero ¿cómo entiende Francesco el traducir «in actum» la experiencia de la lectura?<sup>132</sup> Todo consiste en acotar los pasajes de un texto con notas acertadas, grabarlos en nuestra memoria, de modo que los consejos de Séneca o Cicerón se revistan de la misma naturaleza que un recuerdo personal, e influyan activamente en ese cotejo de recuerdos que es el vivir cotidiano. Ejercicio en vistas a tener siempre como «in animo conscripta» los «remedia» para los conflictos, así del cuerpo como del alma, que nos complican la felicidad<sup>133</sup>. Una lectura, pues, encaminada «ad vitam» y que, en último término, aspira a mejorarnos en el plano moral<sup>134</sup>.

En lo que respecta al Petrarca escritor, la erudición acumulada deberá estar al servicio de la elaboración de unos textos «que salgan al encuentro de la vida diaria, los avatares de la política, las relaciones de amistad»<sup>135</sup>. Se hablará, por ejemplo, de Safo y Alceo, de Ovidio y Catulo, pero no como simple ejercicio de ostentación libresca, sino en el marco de una lección moral sobre el amor libidinoso (*De Remediis*, I, LXIX); o en un plano más anecdótico, servirán los ejemplos de Augusto y Virgilio para ofrecer al lector aquejado de insomnio algunos remedios caseros (*ibid.* II, LXXXVI).

Cuando más arriba señalaba que la polémica con una escolástica impregnada de espíritu logicista, se alimentaba del contraste entre dos conceptos dispares de la vida y del lugar que ocupa en ella el saber, no aludía sino a este aspecto germinador de toda su filosofía, que si no siempre se deja ver, resta implícito en cada una de sus críticas. Cuando Agustín le reprocha a Francesco una lectura superficial de los libros, de no haber aplicado en su vida cotidiana los preceptos que tanto le cautivaron en la lectura, el santo juzgará en idéntico nivel el descuido de Francesco con la conducta de los escolásticos:

<sup>132</sup> «Una de las cuestiones esenciales del *Secretum*, la embarazosa cuestión de cómo convertir «in actum» un saber teórico, de cualquier índole: pues si es fácil acusar al respecto a la «dyaleticorum garrulitas», no resulta sencillo encontrar una solución para la cultura del propio Francesco» (F. RICO, *Lectura del «Secretum»*, p. 134. Vid. además pp. 58, 87, 151, etc.). No olvidemos que la exigencia ya se expresaba en Séneca: «in rem transferentur» (*Ad Lucilium*, CVIII, 35).

<sup>133</sup> *Secretum*, p. 122; «dissentibus curis, et mores et verba dissideant» (*Familiares*, I, IX, 3). Igual de importantes son las «gesta» de «clarorum hominum» (*Secretum*, p. 72). Vid. al respecto, CICERÓN, *Pro Archia*, VI, 14; y en general, E. Garin, *La educación en Europa*, ed. cit., pp. 83-85.

<sup>134</sup> «Lego non ut eloquentior aut argutor sed ut melior fiam» (*Familiares*, I, III, 8), o «Melior fieri studeo» (*Invective contra medicum*, III, p. 680). Petrarca nos dejará un precioso retrato de esta actitud ante los textos, en el que se pinta cumpliendo desde joven, «adolescens», la exigencia de concentrarse en las «res» más que en las «faleras verborum», en *Familiares*, XXIV, I, 9-11. Cf. Séneca, *Ad Lucilium*, CVIII, 37.

<sup>135</sup> F. RICO, *El sueño del humanismo*, ed. cit., p. 60; cf. también, *Lectura del «Secretum»*, p. 240, n. 367.

Comunis legentium mos est, ex quo monstrum illud execrabile, literatorum passim flagitiosissimos errare greges et de arte vivendi, multa licet in scholis disputentur, in actum pauca converti <sup>136</sup>.

Advertir, pues, que no se parte de una complaciente defensa de las letras, antes cualquier saber está sujeto al imperativo de ser traducido «ad vitam», en la apuesta por «una cultura abocada a la virtud, a cuya luz escolástica o humanismo eran igualmente estúpidos si no llegaban a plasmarse «in actum»» <sup>137</sup>.

Sólo un breve apunte. Creo que esta actitud de Petrarca ante el saber y su función en la vida está en estrecha relación con un gusto (más o menos literario) que privilegia los actos ante las palabras, gusto que nuestro autor solía confesar en sus glosas a una cita de Salustio: «los mejores [de los romanos] preferían hacer antes que hablar» <sup>138</sup>. Así explicaba Salustio que no abundara Roma en escritores, pues aspiraban a la fama por sus hechos más que por sus palabras <sup>139</sup>. Sin embargo, reflexiona Petrarca, la vida será valorada en base a los discursos cuando, desaparecida la posibilidad de juzgar las acciones de cada uno, quede solamente el testimonio de las palabras <sup>140</sup>.

## 6. UN ESTÍMULO MÁS

En la construcción de este rechazo a la escolástica contemporánea, el historiador señalará la importancia del contexto social e histórico en la que se inserta, y el filólogo apreciará el papel de los autores clásicos, que le prestaron textos y le aseguraron en sus opiniones. Sin embargo, quedará pendiente el observar la polémica desde otro ángulo para iluminar un factor que ayudó tanto o más que los otros a configurarla <sup>141</sup>.

En realidad, la misma crítica de Agustín que acabo de citar nos ofrece la clave para inferir del reproche a Francesco y de la crítica a los escolásticos inesperadas analogías. En efecto, es curioso que, cuando sería

<sup>136</sup> *Secretum*, p. 122.

<sup>137</sup> F. RICO, *Lectura del «Secretum»*, p. 233 (vid. también, p. 360).

<sup>138</sup> *De coniuratione Catilinae*, VIII, 5. Cita glosada en *Familiares*, XII, XV, 3; XV, IX, 13 y en *Invectiva contra eum qui maledixit Italiae*, p. 1.196; «Philosophie pars nobilior in rebus est», (*Invective contra medicum*, II, p. 886); «Sepe validius excitant exempla quam verba» (*Seniles*, XVII, II, en *Prose*, p. 1.144).

<sup>139</sup> «Res loquentur tacentibus nobis» (*Invective contra medicum*, IV, p. 974).

<sup>140</sup> *De vita solitaria*, p. 290; «Sed si irrevocabile verbum, quanto irrevocabilius est scriptura... Itaque quod scripsisti scripsit» (*Invectiva contra eum qui maledixit Italiae*, pp. 1.206-1.208).

<sup>141</sup> F. RICO, *Lectura del «Secretum»*, sobre todo, pp. 138-139 y 503 ss. (cf. p. 87, n. 114).

de esperar la defensa de su posición en la polémica, el humanista coloque de la mano víctima y verdugo, los *moderni* y Francesco. Así, por ejemplo, todavía fresco en la memoria el reproche de Agustín a los dialécticos que envejecen «inter verba», leemos, aplicada a Francesco, idéntica censura: «verborum studio tempus impendere»<sup>142</sup>. Más adelante Francesco y los *senes pueri* son emparejados en la misma página:

Quis enim non heri, imo vero quis non hodie puer est? Nonagenarios pueros videmus passim de rebus vilissimis altercantes, pueriliaque nunc etiam sectantes studia. ... Pueritia quidem fugit; sed, ut ait Seneca, puerilitas remanet. Et tu michi crede: non adeo, ut tibi videris forsitan, puer es<sup>143</sup>.

En el recuento de los pecados capitales, Agustín no dejará de imputarle aquella soberbia que Petrarca, una y otra vez, criticará en sus rivales<sup>144</sup>. Además, como ya hemos visto, el santo comparará sus lecturas superficiales con aquellas de los *litteratores* escolásticos, que del saber acumulado en lecturas y *disputationes* «in actum pauca converti»<sup>145</sup>.

Vemos, pues, cómo motivos fundamentales de la polémica se alimentan precisamente de reflexiones autocríticas sobre su propia labor como *litteratus*.

En sus *Invective* contra el médico de Aviñón, Petrarca se complace en describir superados los reproches de Agustín en el *Secretum*. Tras confesarnos que ya no lee a los poetas («poetas hodie non lego»), que vive entregado al estudio de las Sagradas Escrituras («Sacris Literis delector»), y concluyendo que no le parece «magnificum» ocuparse en la vejez de estudios de adolescencia, pasa a la ofensiva: «Tu autem...» (y adviértase lo sustancioso de la conjunción), pasas la vejez «ubi pueritiam exegisti»<sup>146</sup>. Aquí, el buscado contraste le ofrece un marco efectivo en el que proyectar esa imagen artificiosa de su vejez.

Si Petrarca fue tan lúcido en señalar con su pluma los hábitos intelectuales de los dialécticos, así como de aquellos que practicaban sus

<sup>142</sup> *Secretum*, p. 72; «multum illis temporis uerborum cauillatio eripuit» (Séneca, *Ad Lucilium*, XLV, 5).

<sup>143</sup> *Ibidem*, p. 182. Cf. *Familiares*, VIII, IV, 9, y la interesante evolución que se aprecia en el contraste de las redacciones *gamma* y *beta*, acercándonos con ella al pasaje citado del *Secretum*. Vid. F. RICO, en «Precisazioni de cronologia petrarchesca», *GSLI*, CLV (1978), pp. 493-494 y n. 28.

<sup>144</sup> *Secretum*, p. 70 ss.

<sup>145</sup> Vid. F. RICO, *Lectura del «Secretum»*, p. 58, n. 47 (con recuento de las páginas que dedica al tema).

<sup>146</sup> *Invective contra medicum*, III, en *Prose*, p. 680. En la carta *Posteritati*, p. 6, repite la idea, como se sabe, falsa.

métodos o participaban de su espíritu logicista, en parte fue precisamente porque había observado en él mismo parecidas tendencias, desde la excesiva preocupación por la elocuencia (y con ella por los verba), hasta la malgastada erudición que no aspiraba a resolverse «in actum». En este sentido, es lícito observar que la polémica con los modernos colaboró como estimulante contraste (en tanto le ofrecía un reflejo de íntimas costumbres que había de atajar de un modo u otro), en ese ir construyendo la imagen que buscaba para sí a través de la literatura.

## 7. LA POLÉMICA EN EL SIGLO XV

Hablar de la polémica que mantuvo Petrarca con la escolástica de su tiempo nos conduce, por el formidable golpe de efecto que suscitaron sus críticas, a considerar esta polémica en el marco mucho más amplio del humanismo. Marco que revaloriza sus juicios y los sitúa justo en una de las encrucijadas más características del humanismo: el rechazo del método educativo que proponía la escolástica a la altura de los siglos XIV y XV.

Ya en 1374, un *Salutati* a punto de ser nombrado canciller secretario de la república florentina, escribe una carta a Roberto di Battifolle elogiando la figura del recién fallecido Petrarca. En ella se contrasta limpiamente el humano saber de Petrarca con la abstracta y «garrulla» elocuencia de los escolásticos, su compromiso ético y civil con las inútiles cuestiones debatidas por los filósofos. Pero será en 1383 cuando tome definitivamente el relevo de la polémica, dilucidando el asunto con «un' esattezza estrema»<sup>147</sup>:

Cum per logices, imo (ut corrupto vocabulo dicunt) loyce<sup>148</sup>, et philosophie cacumina volitare se iactent et de cunctis disputatione garrula discutere sint parati (proh pudor!), textus Aristotelicos nec intellegunt nec legunt sed nescio quos tractatus apud 'toto divisos orbe Britannos' [Virgilio, *Bucólicas*, I, 66], quasi noster eruditioni non sufficiat situs, querunt. Quos totis lucubrationibus amplectentes sine libris et sine testium adminiculis et dialecticam et physicam et quicquid transcendens speculatio rimatur ediscunt, sive potius edidicisse relictis sui magistri traditionibus gloriantur. Pudor est ipsos disputantes aspicere cum

<sup>147</sup> E. GARIN, «La cultura florentina...», *loc. cit.*, p. 188.

<sup>148</sup> Es forma habitual del término en la época, cómo se advierte en los inventarios de bibliotecas privadas o de conventos, v. gr., en C. SCALON, *op. cit.*: «tractatus loyce» (p. 175), «testus loyce» (p. 244), «unum librum loicale» (p. 304).

textentes quendam quodam modo cantinelam questionem verbis inintelligibilibus formatisque proponunt <sup>149</sup>.

No es difícil percibir el tono de las invectivas petrarquescas en esa interjección retórica, «proh pudor!», en el uso de una cita clásica para debatir un tema de candente actualidad, o en la burla del latín empobrecido por siglos y siglos de uso descuidado, el latín que entonces se hablaba y escribía en escuelas y monasterios.

No menos interesante, desde la perspectiva de la convivencia entre el incipiente humanismo y la escolástica agonizante, es la carta del cenciller florentino a Pietro degli Alboini da Mantova, que desempeñó una breve pero intensa carrera de docente en la última década del siglo XIV. Si no fue un pensador original, observa Vasoli, sí podemos considerarlo «tra i primi diffusori della problematica logica e scientifica che, pochi anni prima [era stata agitata] a Parigi, ... e che adesso i maestri italiani arricchivano con motivi e discussioni di derivazione oxoniense, sotto la comune *auctoritas* originaria di Guglielmo d'Ockham» <sup>150</sup>. Unos intereses que no le impidieron relacionarse con humanistas de la talla de Salutati.

En la citada carta, tras felicitarle por su habilidad con la dialéctica de los ingleses, le aconseja (en el tono propio de una carta entre amigos) que desvele las ilusiones de los sofismas («enuda sophismatum apparentiam») y restituya las nociones de las cosas («redde ... rerum noticiam») a fin de acercar la dialéctica a una terminología más asequible, pues el propio Salutati confiesa que apenas la comprende («intelligere minus me fateor»). Finalmente le exhorta, en la línea petrarquesca de no «puerilibis senescere», a que una vez aprendido todo aquello que «grammatica narrare potest, quicquid probare logica vel rhetorica persuadere, sive divinum sive humanum, naturale sive mathematicum sit», diriga su atención a intereses más nobles, dedique sus años de madurez a la poesía <sup>151</sup>, pues en ella no sólo coincide el saber acumulado en el estudio del *trivium* y el *quadrivium*, sino que además representa «il più profondo incontro possibile tra gli uomini nell' armonia del tutto» <sup>152</sup>.

<sup>149</sup> COLUCCIO SALUTATI, *De laboribus Herculis*, I, 2-3, ed. B. L. Ullman, *Thesaurus mundi*, Zürich, 1951, p. 3. Sobre Salutati, vid. E. GARIN, *L'umanesimo italiano*, Laterza, Roma-Bari, 1973, pp. 35-47.

<sup>150</sup> C. VASOLI, *Studi sulla cultura del Rinascimento*, ed. cit., p. 12.

<sup>151</sup> *Ibidem*, p. 31 y n. 31.

<sup>152</sup> E. GARIN, «La cultura fiorentina...», *loc. cit.*, p. 194. Garin también cita la carta en p. 189 n. 21. Para la defensa de la poesía en Petrarca, directamente enfrentada a los silogismos de un dialéctico que la estima poco noble, vid. *Familiares*, I, XII, e *Invective contra medicum*, III, en *Prose*, pp. 652-654.

Ya en el siglo XV, había de ser un hombre que se confesaba discípulo de Salutati quien retomara la polémica, presentándola nada menos que en boca de Niccolò Niccoli, el más adelantado aprendiz de humanista. Leonardo Bruni compartía con Salutati una profunda admiración por el poeta de Arezzo, que «fece assai, solo a dimostrare la via a quelli che doppo lui aveano a seguire»<sup>153</sup>. Bruni heredó los juicios y el estilo del Petrarca maduro, insistiendo en las críticas de aquél al saber contemporáneo y en la exigencia de un decir humano y elocuente.

¿Qué se va a esperar, reflexiona Niccoli, de una época en la que se sufre el naufragio «doctrinarum omnium»? Ya las «ars» no se ciñen a sus naturales objetivos, con tal gusto por mezclarse unas con otras que nadie dará con ciencia que «non aut loco mota sit, aut omnino profligata». Sin advertir que con ello perjudican a la filosofía, madre «bonarum artium», echando por tierra cualquier fundamento que camine en aras de una más rica «humanitas». No se trata ya de que los filósofos tengan «neglectos» los libros de Cicerón, cosa de por sí tan grave como para impedir durante siglos que pueda «evenire» cualquier logro literario; es que ni siquiera son capaces de hablar por sí mismos, prestos siempre a jurar y a no «contradicere» las palabras de Aristóteles, del que entresacan para toda respuesta «verba aspera, inepta, dissona»<sup>154</sup>.

Quid autem de dialectica, que una ars ad disputandum pernecessaria est? An ea florens regnum obtinet, neque hoc ignorantie bello calamitatem ullam perpessa est? Minime vero. Nam etiam illa barbaria, que trans oceanum habitat, in illam impetum fecit. At que gentes, dii boni? Quorum etiam nomina perhorresco: Farabrich, Buser, Occam, aliique eiusmodi, qui omnes mihi videntur a Rhadamantis cohorte traxisse cognomina. Et quid est, Coluci, ut hec ioca omittam, quid est, inquam, in dialectica quod non britannicis sophismatibus conturbatum sit? Quid quod non ab illa vetere et vera disputandi via separatum et ad ineptias levitatesque traductum?

<sup>153</sup> L. BRUNI, *Vita del Petrarca*, en *Opere letterarie e politiche*, ed. cit., p. 556. Sobre Bruni, vid. E. GARIN, *Umanisii artisti scienziati. Studi sul Rinascimento italiano*, Roma, 1989, pp. 35-47 (36-37 en relación a los 'barbari britanni').

<sup>154</sup> L. BRUNI, *Dialogi ad Petrum Paolum Histrum*, en *Opere letterarie e politiche*, ed. cit., pp. 96, 92, 94. La lectura será para Bruni, como lo era para Petrarca, una actividad nada inocente que puede transformar al lector, para bien o para mal, dependiendo de la calidad moral y estilística del autor. De ahí la exigencia de aplicarse a la lectura de los libros «qui ab optimis probatissimisque latine lingue auctoribus scripti sunt», para no ver ni en pintura los libros escritos «imperite» e «inelegantem». La razón es clara: «inquinatate enim ineptique scriptorum lectio vitia sua lectori affigit» (*De studiis et litteris*, en *Opere letterarie e politiche*, ed. cit., p. 252).

Possum hec eadem de grammatica arte, hec eadem de rhetorica, hec eadem de reliquis fere omnibus dicere: sed nolo esse verbosus in his rebus probandis, que manifestissime sunt <sup>155</sup>.

La noticia es impagable; en efecto, hacia 1402 las particularidades de la crítica iniciada por Petrarca «manifestissime sunt». Fácil pensar que a muchos debió entusiasmarles aquel ataque en boca de Niccoli, «così antico com egli era» <sup>156</sup>. El contexto era tan apropiado que, «de no ganarle el hastío y el desdén ... hubiera podido enunciar una ristra de gramáticos paralela a la de lógicos *britannii* e igualmente nefasta» <sup>157</sup>, listas que la madurez del humanismo iría abultando paralelamente al juicio cada vez más rotundo sobre la cultura medieval. Así, Lorenzo Valla, en carta a Joan Serra (1440), puntualizará nombres y apellidos de gramáticos y juristas («Pudet hos nominare») sin descuidar, claro, «illos dialecticos, Albertum utrunque, Strodem, Occam, Paulum Venetum» <sup>158</sup>.

Pero en Valla no interesa tanto la crítica como el formidable esfuerzo por dar cuerpo a un nuevo programa del saber, en la que sería brillante consecución de aquella «via» inaugurada por Petrarca. Un programa ambicioso, que aspira a renovar cada rama del conocimiento, a la reforma de métodos y contenidos en cada disciplina, todo ello en estrecha dependencia con el apasionado llamamiento a restituir la lengua de la Roma clásica. Pues si el latín está vigente, «¿quién ignora que todos los estudios y disciplinas están vigentes?» <sup>159</sup>.

A la altura del siglo XV en que Valla escribe y publica, el gesto de abominar la dialéctica de los *moderni*, a la manera de Bruni o Salutati, no podía satisfacer un contexto educativo donde los *studia humanitatis* eran ya cosa cotidiana. Hacía falta poner *in corso di stampa* una reflexión teórica sobre la dialéctica que ya por entonces se enseñaba en muchas escuelas. La dialéctica en la que Vittorini da Feltre, reconocido maestro

<sup>155</sup> *Ibidem*, p. 98. Compárese la interpretación de P. O. Kristeller sobre el pasaje en *El pensamiento renacentista y sus fuentes*, ed. cit., p. 143 y n. 71, con la de E. GARIN, «La cultura fiorentina...», *loc. cit.*, p. 187.

<sup>156</sup> V. DA BISTICCI, *Le vite*, ed. A. Grecco, Florencia (citado por F. Rico, *El sueño del humanismo*, ed. cit., p. 46).

<sup>157</sup> F. RICO, *Nebrija frente a los bárbaros*, p. 19.

<sup>158</sup> L. VALLE, *Epistole*, ed. O. Besomi y M. Regoliosi, Antenore-Padova, 1984, p. 201.

<sup>159</sup> «qua [lingua] vigente quis ignorat studia omnia disciplinasque vigere, occidente occidere?». *In sex libros elegantiarum praefatio*, ed. E. GARIN, *Prosatori latini del Quattrocento*, ed. cit., p. 598. La razón última de tal confianza, tan antigua como Petrarca, radica en el hecho de que «summi philosophi ..., summi oratores, summi iuriconsulti, summi denique scriptores» (*ibid.*), además de escribir en latín, otorgaron siempre una importancia fundamental a expresarse con claridad, conjugando saber y elocuencia. Términos parecidos en *Seniles*, IX, I (citada por F. RICO, en «Aristoteles Hispanus», *IMU*, 1967, p. 151).

de escuela, «ejercitaba a los jóvenes con la máxima eficacia, pero sin habituarlos a capciosos problemas y a falaces y tortuosas conclusiones, a las que se llega actualmente», iniciándolos «en los sofismas, no para que se convirtieran en sofistas enemigos de la verdad, sino para que pudieran distinguir mejor lo verdadero de lo falso»<sup>160</sup>.

Así, en sus *Dialecticae disputationes*, tratará de conceptos, proposiciones y formas de conclusión, proponiendo nuevos términos y distinciones en vistas a simplificar una dialéctica excesivamente complicada por los lógicos modernos. En definitiva, sintetiza Garin, «intende abbandonare definitivamente il linguaggio artificiale degli scolastici carico de ipoteche metafisiche, la logica scolastica che è un' ontologia mascherata, per tornare al discorso comune, per comunicare, ad usum non ad lusum»<sup>161</sup>. Una dialéctica que va de vuelta al uso prescrito por Cicerón o Quintiliano, aquella *ars disputandi* desbaratada en los años de Salisbury y que ahora cumplía recuperar. Con su obra, Valla consolidaba el acercamiento de la dialéctica a la retórica, y permitía los futuros desarrollos de Ramus y su escuela<sup>162</sup>.

El conjunto de textos citados y glosados en los últimos tres capítulos del trabajo, confirman el valor fundamental que Petrarca y el movimiento humanista concedían a la enseñanza, en tanto instrumento que permite «poner gufa, orden y gobierno en nosotros mismos, en nuestra

<sup>160</sup> E. GARIN, *La educación en Europa*, ed. cit., p. 130.

<sup>161</sup> E. GARIN, «Lorenzo Valla e l'umanesimo», *Lorenzo Valla e l'umanesimo italiano. Atti del convegno internazionale di Studi umanistici*, Antenore-Padova, 1986, pp. 14-15. Cf. P. O. KRISTELLER, *Ocho filósofos del Renacimiento italiano*, ed. cit., pp. 53-55.

<sup>162</sup> La polémica continuó extraordinariamente activa en el XVI y XVII; Nebrija, Erasmo, Vives, Descartes... El valenciano, por ejemplo, en *Linguae latinae exercitatio*, condenará la costumbre de enredarse en «stultis ac ineptis cavillis» (XXV). Además escribirá una «lettere-pamphlet» intitulada *In pseudodialecticos* (que Tomás Moro, en carta a Erasmo de 1520, confesará preferir especialmente) donde «l'umanista sostiene che a Parigi, faro de la cultura, gli "pseudodialettici" tentano di esercitare una vera e propria egemonia intellettuale, sostenendo monstruosità culturali, cioè sofismi logici veicolati in una lingua artificiale, nota a loro soltanto che l'hanno creata, che li isolano irrimediabilmente da un circuito culturale ed umano più ampio e più ricco» (VALERIO DEL NERO, «Pedagogia e psicologia nel pensiero di Vives», en IOANNIS LODOVICI VIVIS, *Opera omnia, I. Volumen introductorio*, Edicions Alfons el Magnànim, València, 1992, p. 183). Vid. también: E. GARIN, *La educación en Europa*, ed. cit., pp. 149-150; Carlos G. Noreña, Juan Luis Vives, Ed. Paulinas, 1978, pp. 317-325; de F. RICO, *Nebrija frente a los bárbaros*, p. 124-125, o el jocosos «*De asini dignitate*», en *Primera cuarentena y Tratado general de literatura*, El Festín de Esopo, Barcelona, 1982, pp. 115-116. Sobre Ramus y su tratamiento de la dialéctica, vid. E. ASENSIO, «Ramismo y crítica textual en el círculo de Luís de León», en *Academia literaria renacentista*, I, Universidad de Salamanca, 1981, pp. 55-59; P. O. KRISTELLER, *El pensamiento renacentista y sus fuentes*, ed. cit., pp. 336-337. Sobre Descartes, vid. el *Discurso del método*, II; y E. GARIN, *Descartes*, Crítica, Barcelona, 1989, pp. 68-69. Sobre la dialéctica en general, vid. simplemente, C. VASOLI, *La dialettica e la retorica dell'Umanesimo*, ed. cit.

casa, en la sociedad». En Petrarca la conciencia de los efectos que surte una educación copiosa en «humanitas», orientada «ad vitam», se rastrea en toda la polémica con los modernos, y particularmente en su última invectiva, en el uso que imprime a la educación como frontera entre dos modos de sentir («affecto aliter») <sup>163</sup>. Si Petrarca no tuvo el menor interés en ser profesor de universidad (no le faltaron ofertas), no fue porque le tuvieran sin cuidado las jóvenes generaciones de estudiantes, sino porque él aspiraba a ser para aquellos lo que Séneca, Cicerón o San Agustín habían representado para él. Objetivo que no siempre tuvo la certeza de merecer, pero que persiguió con ejemplar constancia.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALCINA FRANCH, JUAN, y BLECUA, JOSÉ MANUEL, *Gramática española*, Ariel, 1980.
- ASENSIO, EUGENIO, «El ramismo y la crítica textual en el círculo de Luis de León», en *Academia literaria renacentista, I: Fray Luis de León*, Universidad de Salamanca, 1981, pp. 47-76.
- BAUDRY, LÉON, «Les rapports de Guillaume d'Occam et de Walter Burleigh», *Archives d'Histoire Doctrinale et Littéraire du Moyen Âge*, 1934, pp. 155-173.
- BILLANOVICH, GUISEPPE, *Petrarca letterato, I: Lo scrittoio del Petrarca*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 1947.
- , «Dalle prime alle ultime letture del Petrarca», *Il Petrarca ad Arquà. Atti del Convegno di Studi nel VI Centenario (1374-1974)*, Padua, 1975, pp. 12-47.
- , «Il Catullo della cattedrale di Verona», *Scire litteras, Forschungen zum mittelalterlichen Geistesleben, München*, 1988, pp. 35- 57.
- BLECUA, ALBERTO, «Cervantes y la retórica (*Persiles*, III17)», *Lecciones cervantinas*, Caja de Ahorros de Zaragoza, Zaragoza, 1985, pp. 133-147.
- , «Introducción» a *Aristòtil, Retòrica. Poètica*, Edicions 62, Barcelona, 1998.
- BOBBIO, AURELIA, «Seneca e la formazione spirituale e culturale del Petrarca», *La Bibliofilia*, XLIII, (1941), pp. 224-291.
- BOSCO, UMBERTO, «Precisazioni sulle Invecchie contra medicum», *Studi Petrarqueschi, I*, (1948), pp. 97-109.
- CURTIUS, ERNST ROBERT, *Literatura europea y Edad Media latina*, FCE, Madrid, 1995.
- CHENU, M.-D., «Grammaire et théologie aux XII<sup>e</sup> et XIII<sup>e</sup> siècles», *Archives d'Histoire Doctrinale et Littéraire du Moyen Âge*, 1935-1936, pp. 5-28.
- , *Introduction a l'étude de Saint Thomas d'Aquin*, Montreal-París, 1954.
- DEL NERO, VALERIO, «Pedagogia e psicologia nel pensiero di Vives», en *Ioannis Lodovici Vivis, Opere Omnia, I: Volumen introductorio*, Edicions Alfons el Magnànim, València, 1992.
- DOTTI, UGO, *Vita di Petrarca*, Bari, 1987.
- , *La città dell'uomo. L'umanesimo da Petrarca a Montaigne*, Roma, 1991.
- FOSTER, KENELM, *Petrarca. Poeta y humanista*, Crítica, Barcelona, 1989.
- FRIEDRICH, HUGO, *Montaigne*, Gallimard, París, 1968.
- GARCÍA BORRÓN, JUAN CARLOS, «Los estoicos», en *Historia de la ética, I: De los griegos al Renacimiento*, ed. Victoria Camps, Crítica, Barcelona, pp. 208-247.

<sup>163</sup> *Invecchie contra eum qui maledixit Italie*, p. 1.186.

- GARIN, EUGENIO, «La cultura fiorentina nella seconda metà del 300 e i barbari britanni», *Rassegna della letteratura italiana*, LXIV (1960), pp. 181-195.
- , «La dialéctica desde el siglo XII a principios de la Edad Moderna», en Abbagnano y otros, *La evolución de la dialéctica*, Martínez Roca, Barcelona, 1971.
- , *L'umanesimo italiano*, Laterza, Roma-Bari, 1973.
- , *La revolución cultural del Renacimiento*, Crítica, Barcelona, 1981.
- , «Lorenzo Valla e l'umanesimo», en *Lorenzo Valla e l'umanesimo italiano. Atti del convegno internazionale di Studi umanistici*, Antenore-Padova, 1986, pp. 1-17.
- , *La educación en Europa, 1400-1600. Problemas y programas*, Crítica, Barcelona, 1987.
- , *Descartes*, Crítica, Barcelona, 1989.
- , *Umanisti artisti scienziati. Studi sul Rinascimento italiano*, Roma, 1989.
- , *Rinascite e rivoluzioni. Movimenti culturali dal XIV al XVIII secolo*, Laterza, Roma-Bari, 1990.
- GENTILE, SEBASTIANO, «Le postille del Petrarca al Tímeo latino», *Il Petrarca latino e le origini dell'umanesimo. Quaderni petrarcheschi*, IX-X, (1992-1993), pp. 129-139.
- GILSON, ÉTIENNE, «Notes sur une frontière contestée», *Archives d'Histoire Doctrinale et Littéraire du Moyen Âge*, XXV, (1959), pp. 59-88.
- , *La filosofía en la Edad Media. Desde los orígenes patrísticos hasta el fin del siglo XIV*, Gredos, Madrid, 1972.
- KRISTELLER, PAUL OSKAR, «Petraich's «Averroist's»», *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance*, XIV, (1952), pp. 59-65.
- , «Il Petrarca, l'umanesimo e la scolastica», *Lettere italiane*, 1955, (VII), pp. 367-383.
- , *El pensamiento renacentista y sus fuentes*, FCE, Madrid, 1993.
- , «Umanesimo e scolastica a Padova fino al Petrarca», en *Studies in Renaissance thought and letters, IV, Edizioni di Storia e Letteratura*, Roma, 1996, pp. 11-26.
- , *Ocho filósofos del Renacimiento italiano*, FCE, Madrid, 1996.
- LANZILLOTA, MARIA ACCAME, *Le postille del Petrarca a Quintiliano (Cod. Parigino lat. 7720)*, *Studi petrarcheschi*, V, 1988.
- LE GOFF, JACQUES, *Los intelectuales en la Edad Media*, Gedisa, Barcelona, 1996.
- LINDER, A., «The Knowledge of John of Salisbury», *Studi Medievali*, 1977, pp. 315-366.
- MANN, NICHOLAS, «Introducción», *Cancionero*, I, Cátedra, Madrid, 1989, pp. 19-120.
- MARTELLI, MARIO, «Petrarca: Psicología e stile», en Petrarca, *Opere* I, Sansoni, Firenze, 1975, pp. XIII-XLVII.
- , «Petrarca epistolografo: le *senili*», *Il Petrarca latino e le origini dell'umanesimo, Quaderni petrarcheschi*, IX-X, (1992-1993), pp. 641-667.
- MARTELOTTI, GUIDO, «Linee di sviluppo dell'umanesimo petrarchesco», *Studi petrarcheschi*, II, (1949), pp. 51-80.
- MCGARRY, DANIEL D., «Educational theory in the Metalogicon of John of Salisbury», *Speculum*, XXIII, (1948), pp. 659-675.
- MCKEON, RICHARD, «Rhetoric in the Middle Ages», *Speculum*, XVII (1942), pp. 1-32
- MOSTERÍN, JESÚS, *Historia de la filosofía*, vol. 5, *El pensamiento clásico tardío*, Alianza, Madrid, 1994.
- NOREÑA, CARLOS G., *Juan Luis Vives*, Ediciones Paulinas, 1978.
- POPPI, ANTONINO, *Introduzione all'aristotelismo padovano*, Antenore-Padova, 1991.
- RICCI, PIER GIORGIO, «La cronología dell'ultimo «certamen» petrarchesco», *Studi petrarcheschi*, IV, (1951), pp. 47-57.
- , «La tradizione dell' *invektiva* tra il Medioevo e l'Umanesimo», *Lettere italiane*, XXVI (1974), pp. 405-414.
- RICO, FRANCISCO, «Aristoteles Hispanus: en torno a Gil de Zamora, Petrarca y Juan de Mená», *Italia Medioevale e Umanistica*, X, (1967), pp. 143-164.
- , *Alfonso el Sabio y la «General Estoria»*, Ariel, Barcelona, 1984.

- , *Vida y obra de Petrarca, I: Lectura del «Secretum»*, Antenore-University of North Carolina, Padua-Chapel Hill, 1974.
- , «Petrarca y el *De vera religione*», *Italia Medioevale e Umanistica*, XVII, (1974), pp. 313-364.
- , «Precisazioni di cronologia petrarchesca: le *Familiars VIII II-V*, e i rifacimenti del *Secretum*», *Giornale storico della letteratura italiana*, CLV (1978), pp.481-525.
- , «Introducción» a Petrarca, *Obras, I: Prosa*, Alfaguara, Madrid, 1978, pp. XV-XXXIX.
- , *Nebrija frente a los bárbaros. El canon de gramáticos nefastos en las polémicas del humanismo*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 1978.
- , «*De asini dignitate*» *Primera cuarentena y Tratado general de literatura, El festín de Esopo*, Barcelona, 1982, pp. 115-116.
- , «Humanismo y ética», en *Historia de la Ética, I: De los griegos al Renacimiento*, ed. Victoria Camps, Crítica, Barcelona, 1988, pp. 507-540.
- , ««Ubi puer, ibi senex»: Un libro de Hans Baron y el *Secretum* de 1353», *Il Petrarca latino e le origini dell'umanesimo, Quaderni petrarcheschi*, IX-X, (1992-1993), pp. 165-238.
- , *El sueño del humanismo. De Petrarca a Erasmo*, Alianza, Madrid, 1993.
- ROBBINS, R. H., *Breve historia de la Lingüística*, Paraninfo, Madrid, 1980.
- SCALON, CESARE, *Produzione e fruizione del libro nel basso medioevo. Il caso Friuli*, Antenore, Padova, 1995.
- SIMONIN, H.-D., «*Les Summulae logicales* de Petrus Hispanus», *Archives d'Histoire Doctrinale et Littéraire du Moyen Âge*, 1930, pp. 267-278.
- TATEO, FRANCESCO, *Dialogo interiore e polemica ideologica nel «Secretum» del Petrarca*, Casa Editrice F. L. Monnier, Firenze, 1965.
- VASOLI, CESARE, *Studi sulla cultura del Rinascimento*, Lacaita, Maduria, 1968.
- , *La dialettica e la retorica dell' Umanesimo. «Invenzione» e «Metodo» nella cultura del XV e XVI secolo*, Feltrinelli, Milano, 1968.
- , «Petrarca e i filosofi del suo tempo», *Il Petrarca latino e le origini dell'umanesimo, Quaderni petrarcheschi*, IX-X, (1992-1993), pp. 75-92.
- VIGNAUX, PAUL, *El pensamiento en la Edad Media*, FCE, Madrid, 1995.
- VILLAR, MILAGROS, *Códices petrarquescos en España*, Antenore-Padova, 1995.